

Todos buscando a Pacho



Margarita María Niño Torres

2024

TODOS BUSCANDO A PACHO

Índice

Primera parte

Quién es Cristina?.....	7
Un intento fallido.....	9
Familiares paternos.....	12
Problemática de Figueroa.....	16
Cambio de actitud.....	20
Un poco de orden.....	23
El escuadrón de búsqueda.....	27
La Matemática está viva.....	35
Iniciar la pesquisa.....	36
Chismes y reflexiones.....	39
Aparece el héroe.....	44
Una reunión extra.....	50

Segunda parte

Familias grandes y familias pequeñas

La familia Montañez Suárez.....	55
Las familias González y Figueroa.....	58
La familia Bobadilla Tocarruncho.....	60
Explicaciones necesarias.....	62
Comunicaciones y sucesos.....	67
Órdenes del abuelo.....	74
Las cosas que importan.....	77
Reflexiones serias en dos niveles.....	86
La madre y el hijo.....	89
Cambios necesarios.....	92
Problemas inesperados.....	107
Arreglos convenientes.....	114
Instalación de la futura dueña.....	117
Y, finalmente, Pacho al teléfono.....	120
Negocio Montañez - González.....	122
Epílogo.....	126

TODOS BUSCANDO A PACHO

Primera parte

Quién es Cristina?

En febrero del año 1990 Cristina Montañez joven de veinte años, conocida como Cris por sus compañeros de semestres anteriores, regresa de vacaciones para reintegrarse a la Universidad en donde comenzará el tercer semestre, para llegar algún día a ser Ingeniera Industrial, carrera que debería ir un año más adelantada, pero que por razones de diversa índole se había retrasado dos semestres completos.

Cris leía atentamente el plan del semestre en la cartelera, cuando un nombre llamó poderosamente su atención: para el curso de Cálculo Vectorial, el profesor asignado era el Ingeniero Luis Carlos Figueroa G.

— Hola, Cris! Así que volviste?... ¡Me alegro mucho!
—exclamó Nora, una amiga del primer semestre, sacando a Cristina, con un abrazo por la espalda, de su concentración mental para dar con alguien a quien había conocido mucho antes, alguien llamado: Luis Carlos Figueroa.

— ¡Ah!, Norita, cómo vas?... —Dijo Cris sonriendo a su amiga, mientras decía:

— Supongo que tú vas ya para el quinto, verdad?

— Sí pero tengo atrasado un Cálculo que perdí, exactamente con el maestro que tendrás tú. Luis Carlos Figueroa, un churro pero ¡Cuidado! no es simpático si ve que alguna alumna lo mira demasiado... —respondió Nora.

— Despreocúpate que no ando en plan de conquista. Sólo que ese nombre me parece conocido de hace mucho tiempo... como de la época del colegio y no del mío que era puramente femenino y para completar, de monjas... —explicó Cristina.

Nora Carrillo se retiró a mirar su programación y Cristina recordó que un Luis Carlos Figueroa había sido compañero de clase de su hermano Francisco.

— Si es el mismo, de pronto puede darme alguna pista... Lo abordaré después de la clase aunque se porte groseramente, cosa que no creo.

Después de la muerte de su madre, Cristina se había quedado muy sola. La había acompañado la tía abuela materna más joven, con el compromiso de cuidarla hasta que Cris cumpliera los dieciocho años, momento en el cual la casa y los ahorros familiares pasarían a su nombre. En ese momento la tía Aura había recibido, además de la pertenencia de la casa pequeña que habitó con su sobrina nieta, un dinero estipulado por la madre de Cris en una carta que expresaba todos los detalles de su última voluntad.

La madre de Cristina, Zoraida Trujillo quien murió cuando Cris tenía 16 años, había sido hija única. El padre, Diego Montañez, tenía varios hermanos pero él llevaba 9 años muerto. Los parientes por el lado paterno no volvieron nunca por la casa, por la muy simple razón de que la madre de Cris no los quería ver. Cris misma no sabía el nombre de ellos ni la dirección de ninguno. Menos noticia tenía de la existencia de

primos que sin duda podría encontrar en un futuro, como se proponía hacer en segundo lugar, después de iniciar pesquisas sobre el derrotero de su hermano Francisco.

Doña Zoraida, la madre de Cristina no era la mamá de Francisco, quien había quedado huérfano de madre a los dos años. Don Diego Montañez, el papá de ambos, había conocido a Zoraida y se casó con ella cuando ya era viudo y llevaba de la mano a su hijito de cuatro años, a todas partes. Cristina supo esto, solamente unos meses antes de la muerte de su madre.

Ese conocimiento explicó para Cris el poco, poquísimo amor que su madre había dado a su hermano, a quien Cristina adoraba, el mismo Francisco que desapareció de la casa cuando ella tenía seis años y él trece, un día cualquiera al finalizar el cuarto año de Bachillerato.

Un intento fallido

El lunes siguiente, primer día de clase, Cristina llegó muy puntual a su aula y entró decidida a estudiar con toda seriedad para progresar y capacitarse suficientemente antes de enfrentar lo que la vida pudiera presentarle.

La segunda hora sería el inicio del Cálculo Vectorial y la identidad de ese profesor era una idea fija en su pensamiento. A pesar de toda esa preocupación, Cris tomó apuntes detallados de los elementos expuestos y al final cerró su cuaderno y se levantó para alcanzar al maestro que se encontraba ya de salida, en la puerta del aula.

— Profesor Figueroa, discúlpeme. Por favor, ¿me permite hacerle una pregunta?

El profesor se detuvo y miró hacia atrás como intrigado por el atrevimiento de una alumna nueva que, sin más ni más lo interpelaba desde la espalda y en voz alta, después de terminada la clase.

— ¿En qué puedo servirle, señorita...? —contestó con una pausa que interrogaba sobre la identidad de la alumna.

— Cristina Montañez, profesor. Ése es mi nombre y mi pregunta es: ¿usted estudió en el colegio de los salesianos de...A?

La reacción del profesor fue un cambio extraño de actitud. Con fría cortesía contestó:

— Bueno, Cristina, veo que usted sabe bien mi nombre y le respondo: Yo sí estudié y me gradué como Bachiller en el colegio que usted nombró. Además de eso, no tengo tiempo ahora de ocuparme del pasado porque mi deber me espera en otra aula de clase. —Sin más hizo una venia rápida y volviendo la espalda siguió su camino...

— Es que ... —intentó decir Cristina pero al ver que se había quedado hablando sola y que algunos compañeros sonreían burlonamente mientras la dejaban atrás, decidió devolverse al salón y esperar a que le pasara el mal sabor del momento, ante la confirmación de lo previsto por su amiga Nora.

"Este camino se cerró. ... Definitivamente, por ahí no lograré nada", se dijo Cris a sí misma una vez que estuvo sola.

Ella se había sentido segura de que Luis Carlos Figueroa sería un real y positivo apoyo para su objetivo. Al derrumbarse esta falsa seguridad, Cris pensó en la necesidad de estudiar a fondo todas las materias del programa semestral, en especial el

famoso Cálculo Vectorial, que según su amiga Nora, pintaba complicado con ese maestro.

El primer objetivo de Cristina Montañez al tomar la decisión de regresar a la Universidad, fue prepararse bien para enfrentar la vida como profesional, mientras paralelamente dirigiría su atención a todos los detalles que pudieran encaminarla en la búsqueda de Pacho, su hermano del alma. Al recordarlo por ese nombre 'Pacho', Cris volvía a verlo en su imaginación como cuando era niña y él un adolescente apuesto de quien ella se enorgullecía mucho.

"Sé que lo encontraré!", repitió con profunda convicción y salió animosa para su casa, que también era de él. El padre de ambos había comprado esa casa durante el tiempo que duró su primer matrimonio y en ella vivió la familia todo el tiempo hasta la muerte de Diego. En su testamento dejó estipulado que la totalidad de esa casa sería para sus dos hijos. Que solamente cuando Cristina sobrepasara los treinta años de edad, ella podría disponer de la propiedad como única heredera, en el caso de que Francisco no hubiera regresado, ni se tuvieran noticias confirmadas de que vivía en algún lugar bien determinado y que no deseaba la herencia.

Después de la huida del hijo y hermano, tanto el papá como la hermanita siempre hablaron de 'Francisco' y no 'Pacho', usando el verdadero nombre, que además era el utilizado por Diego en todas las diligencias de búsqueda del joven.

Familiares paternos

Cristina no tenía ningún lugar aparte de sus recuerdos, en donde pudiera encontrar algún dato relacionado con su querido Francisco...

Ni siquiera sabía cuál era su apellido materno...

"Esto del apellido materno de Francisco lo puedo averiguar yo", se dijo y siguió la corriente de sus pensamientos, hasta llegar a las siguientes dos decisiones:

1. Directorios telefónicos de la capital. Procurarse al menos el actual y el anterior para buscar por Montañez hasta encontrar algún nombre que hubiera escuchado a su padre: Tratar de localizar al menos uno de los hermanos, tíos y/o sobrinos de su padre.
2. En caso de no conseguir nada a partir de los directorios telefónicos: Visitar el colegio salesiano en A para solicitar que le permitan ver los archivos de esos años...
3. Averiguar en el Bienestar Familiar para visitar los orfanatos vigentes que ya existieran en 1976 o hubieran recibido la misión de continuar con la labor de otros orfanatos eliminados después del 76, que fue el año de la desaparición de Francisco.

Cristina se fijó la tarea de averiguar cuanto pudiera de su familia paterna, con el fin de disminuir el impacto tan negativo para los colaboradores que pudiera conseguir y, sin duda también para ella, si sucediera que personas ajenas a la familia llegaran a enterarse de cuán ineficiente e incluso malvada había sido su propia madre en su oficio de madrastra de un niño que había quedado huérfano desde los dos años.

Apenas clareaba ese martes, Cristina estaba ya vestida bebiendo su café instantáneo y rebuscando en cajas que contenían libros y otros asuntos muy variados de la antigua biblioteca familiar, tratando de encontrar al menos un directorio telefónico...

Lo encontró, efectivamente. No el último sino el anterior, el que había servido a todos mientras su padre vivía con ellas en esa misma casa que en el momento presente era de nuevo su vivienda recibida oficialmente en herencia, después de haber cumplido los dieciocho y de haber dejado la tutela de su tía abuela Aura. A simple vista, en esa casa aparte del cuarto de Cristina, ya recuperado y ordenado, más la cocina y el baño, todo el espacio restante era un caos de desorden casi infinito.

Terminado el café y con cuaderno listo para anotar todo lo que pudiera serle útil, empezó por buscar en el Directorio el nombre completo de su padre:

Diego Montañez Suárez... La dirección y el teléfono de su actual vivienda, aparecían en forma correcta.

Como un año después de la muerte de Diego, la viuda Zoraida, provista de la pensión que heredó de su marido para el vivir diario, con su parte del efectivo de los ahorros de la pareja, compró una casa más pequeña que decidió escriturar a Aura, la menor de sus tías maternas, con la condición de que a la muerte de Zoraida, esa tía viviera en la nueva casa y en ella se hiciera cargo de Cristina, quien venía a ser su sobrina-nieta, hasta que la joven cumpliera los dieciocho años y recibiera la antigua propiedad y el efectivo que ya se encontraban completamente libres y listos para su vida adulta e independiente. Al sentirse enferma, Zoraida misma aceleró el traslado a la casa nueva y mandó refaccionar la vieja, proceso

que duró más de un año completo, antes ser suspendido por falta de quien tomara a su cargo dirigirlo y revisarlo constantemente.

Cris, se sacudió un poco por el derrotero de sus pensamientos y reconoció de nuevo el buen sentido de su mamá al dejar esas cosas bastante arregladas, buen sentido que nunca antes dio señas de existir frente a la realidad del pequeño Francisco entregado a sus cuidados...

..."En fin. La vida ha sido así y, ahora estoy yo en este punto y momento, con un deseo inmenso de suplir ese hueco de afecto que ella no quiso o no pudo llenar"... Se dijo Cristina y sin más, volvió al Directorio para buscar a cuantos Montañez Suárez aparecieran por ahí.

Encontró siete posibles tíos, tres mujeres y cuatro hombres apellidados Montañez Suárez, los copió en su cuaderno con el dato de teléfono y dirección de cada uno.

..."son las siete treinta y cinco", se dijo, "empezaré a llamar a las ocho en punto". Cris se apuró con otro café y unas tostadas y empezó...

Los dos primeros teléfonos que marcó sonaron mucho sin dar señal alguna de persona viva que los escuchara.

Al tercero contestó un hombre.

— Aló!

— Buenos días, señor Montañez!, —saludó Cris.

—Yo no soy el señor Montañez, señorita. Él me vendió a mí esta casa.

— Y ¿usted no sabe a dónde se fue a vivir él?

— Pues eso fue hace cinco años. Yo creo que él se mudó con algún hijo, porque estaba ya viejo y encima solo...

— Ah, gracias. Muy amable de su parte. —Cristina iba a colgar cuando escuchó al hombre:

— Ah!, oiga señorita. Yo me llamo Manuel Acero. Si él o alguno de la familia de él llama, ¿qué le digo?. Porque algunas veces han llamado a preguntar si alguien ha dejado alguna carta o alguna razón.

— Dígale que llamó Cristina Montañez Trujillo, la hija de Diego Montañez Suárez. Que mi teléfono es dos,...

— Espere, señorita, lo voy a anotar...

"Algo es algo", pensó Cristina, "sería un poco increíble si algo resultara por ese hilo tan débil"...

Tocó el turno del cuarto nombre. Una mujer llamada Alcira.

— Buenos días! Busco a una señora o señorita de nombre Alcira Montañez Suárez...

— Y ¿para qué será?... porque si es otra vez para meros chismes, ella no existe más, —contestó un hombre.

— No, perdone, es que yo me llamo Cristina Montañez Trujillo. Soy hija de Diego Montañez Suárez... y quiero conocer a mi familia. El nombre de Alcira Montañez Suárez lo encontré en el Directorio Telefónico.

— ¿Cuál Diego? ... ¿Ése al que se le perdió un hijo?

— Sí, sí, mi hermano se perdió hace doce años!, mi padre murió hace nueve, muy triste. Él lo buscó todos esos años... Yo era muy pequeña. Mi madre fue la segunda esposa de mi

padre. Él enviudó de su primer matrimonio cuando mi hermano tenía dos años no más.

Mire, señorita. Usted puede llamar a las dos de la tarde que Alcira ya habrá llegado. Ella es maestra y es mi esposa. ... Y, claro que puede venir a vernos y a conocer a sus primos.

Cris, a punto de llorar de pura emoción, contestó:

— Mil gracias. A las dos llamaré de nuevo. Señor...?

— Jairo Hernández. A sus órdenes, señorita!

— Muchas gracias Don Jairo. Espero nos podamos conocer pronto. Hasta la tarde.

Cristina miró su reloj. Tenía media hora para llegar a tiempo a la Universidad. Así que, por el camino reuniría en su cabeza los datos recogidos, para no aparecer tan absolutamente ignorante en relación con su familia paterna. De momento a correr! ... Nada de desayuno!

Llegó contenta. Ella sí tenía una familia. Existían parientes cercanos de su padre. Por ese lado ella tenía tíos, tías y primos, además de la tía abuela Aura, su único familiar conocido por el lado materno.

Problemática de Figueroa

Luis Carlos Figueroa, el profesor de Cálculo Vectorial, por la época del reingreso de Cristina Montañez a la mejor Universidad del país, —la mejor sin duda, de acuerdo con los estándares del sector más culto y adinerado de la sociedad— era un ingeniero de 28 años que vivía en uno de los barrios más costosos y elegantes de la capital. Su madre, Doña

Josefina, era una señora viuda, muy refinada, para quien era de la máxima importancia que su hijo escogiera cuidadosamente sus amistades entre las familias más aristocráticas y pudientes del país. Ella misma había sufrido las consecuencias de pasar por alto las advertencias de su propia madre y, habiéndose dejado seducir por el atractivo José Antonio Figueroa, joven de buena familia aunque venida a menos a raíz de la quiebra de las empresas del padre, Josefina se casó con el joven Figueroa empobrecido y tuvo que vivir en un barrio de clase media y educar a su hijo en un colegio de clase media, hasta que finalmente, su difunto esposo abandonó este mundo cruel y la bondad de su propio padre rescató a ambos, la madre viuda y su hijo, para que ocuparan el lugar que les era destinado como sus descendientes directos.

En el comienzo del semestre que corría, Luis Carlos había aceptado en la Universidad un aumento de cursos a su cargo, por su gusto, aunque no hubiera sido necesario según su madre, pues las condiciones económicas de la familia eran siempre boyantes, sino por el deseo personal de ejercer como profesor y también el orgullo de hacer algo diferente y de ganar un salario por sus propios méritos, a la vez que se relacionaba con personas de otras procedencias diferentes del tradicional y reducido grupo de amistades de Doña Josefina. Realmente Luis Carlos envidiaba a algunos compañeros de trabajo que vivían sin tantas restricciones y disfrutaban de fiestas no exclusivas de la clase alta, pero mucho más alegres y despreocupadas. También envidiaba y mucho a otros colegas, más jóvenes que él, quienes se habían casado con chicas normales de clase media y vivían vidas familiares felices, con la presencia de uno o dos retoños, aunque no vivieran en un barrio de la alta.

Unas dos o tres semanas después del incidente con la joven Montañez, el profesor Figueroa tomó nota de que esa alumna era realmente una buena estudiante, que hacía todos los trabajos con cuidado y que siempre estaba ocupada en tomar notas y en revisar sus cuadernos. No parecía tener muchas amistades pero su ceño indicaba que sus pensamientos siempre estaban concentrados alrededor de alguna cosa que parecía ser de gran importancia para ella.

Una tarde quiso hablar de ella con su propia madre.

— Madre, imagínate que una alumna me preguntó si yo había estudiado en el salesiano de A.

— Y, ¿qué clase de joven de la mejor Universidad del país podía estar interesada en ese colegio tan mediocre?, —preguntó la madre.

— Pues no lo sé. Pero me causa curiosidad porque es de las mejores alumnas que tengo. ¿Qué crees tú?...

— Pues creo que por alguna casualidad esa chica supo de tu grado de bachillerato y quiso utilizar ese dato para establecer un vínculo contigo. Eres sin ninguna duda el mejor partido al cual sin duda aspiran muchas mujeres y, cualquier cosa que les sirva de pretexto es buena si con ella logran pescar tu atención...—Doña Josefina hizo una pausa y prosiguió:

— Ni de casualidad se te ocurra hablarle del asunto. Déjala que siga intentando con otros. De pronto encuentra el que se baje a su nivel, porque seguramente no es alguien de nuestro nivel.

Luis Carlos un poco molesto por esa actitud tan conocida contestó:

— Y, ¿con quién quieres que me case?... Si no puedo atender ni una pregunta de mis estudiantes, ¿en dónde voy a buscar una mujer que me pueda hacer feliz a mí?... No me digas que la ideal es María Victoria Currea....

— ¿Qué tiene de malo María Victoria?, —respondió la madre.

— Pues que es bastante torpe y me siento muy poco atraído por una vida al lado de alguien que no es capaz de formular ni una frase inteligente, aunque sea la heredera de una enorme fortuna.

— Entonces espera a que las niñas de las familias de nuestro círculo crezcan. Es cosa de tiempo. En cuatro o cinco años tendrás unas cuantas a tu disposición.

— Pues no, madre querida. No me apetece casarme con alguien que podría ser hija mía. Voy a gobernarme por mi propio juicio y te lo haré saber.

Doña Josefina, muy enfadada contestó:

— Pues eres mayor de edad y puedes elegir según tu criterio. Eso sí, no olvides que las consecuencias de un mal matrimonio llegan porque llegan y ahí no te podrá salvar nadie. No hay otro abuelo que te recoja cuando hayas perdido tu puesto en la sociedad.

Luis Carlos prefirió no hablar más del asunto. Miró su reloj y sin más que,

— Tal vez otro día volvamos sobre esto. De momento tengo que preparar un examen que debo llevar a mis alumnos mañana a primera hora,... —sin más, subió a su cuarto.

Cambio de actitud

Cristina, aunque muy esperanzada con el hecho de haber encontrado a una tía paterna real y bien viva, no pudo adelantar mucho por ese lado en relación con la búsqueda de Francisco, pues su tía Alcira no sabía prácticamente nada de la vida de su hermano Diego, aparte de que él había muerto hacía unos cuantos años. No sabía siquiera que el hijo extraviado no había vuelto ni que existía una hija menor. Mucho menos iba a estar enterada del nombre y apellido de ninguna de las compañeras de su hermano.

La visita fue simpática, pero se redujo a una conversación muy elemental. Sus primos Hernández Montañez, ambos menores que Cristina, eran adolescentes e iban a un colegio oficial muy grande, ubicado cerca de su casa, en el cual la tía Alcira, a quien ella acababa de conocer, era profesora de Ciencias Naturales.

Quedaron en llamarse con frecuencia y mantener al día para todos, las noticias de la familia.

Con este conocimiento familiar, Cris se sintió liberada de intentar nuevas comunicaciones telefónicas con los otros candidatos de su lista, pues Alcira sería portavoz para sus hermanos de lo hablado entre ellas. Posiblemente recibiría algunas llamadas y llegado el momento propicio ella, Cristina misma, convocaría una reunión de todos los familiares, una vez que lograra poner en orden el desbarajuste de su casa.

Así las cosas, Cris decidió hacer una pausa en el tema de la búsqueda de Francisco, para dar tiempo a que las conexiones logradas pudieran dar algún fruto y, por otro lado, meter todo su empeño en comprender las materias nuevas, repasar las estudiadas en los dos semestres que había salvado y,

finalmente, contratar una ayudante para la organización de su casa.

El jueves de la siguiente semana, la última clase era de Cálculo con Figueroa y, Cristina tuvo claros todos los conceptos aprendidos hasta ese momento, de forma que pudo responder bien un test corto que el profesor puso para todos hacia el final de la hora de clase.

Una vez que terminó y entregó sus respuestas, Cris se disponía a salir para su casa, cuando el profesor le hizo una seña de que se acercara y le pidió esperarlo antes de abandonar el edificio.

— Cristina, —dijo el profesor cuando salió y la encontró en el pasillo— perdón por hacerla esperar. La cuestión es que ayer recordé que usted quiso decirme algo el primer día de clases y que nunca le pregunté al respecto. ¿Continúa el motivo por el cual usted me alcanzó ese día y podría yo serle útil en algo hoy?

Cristina se sobresaltó un poco pues no le había vuelto a pasar por la mente el incidente aquél. De todos modos, pensó un poco antes de contestar, y decidió repetir las palabras que tenía pensadas ese día..

— Ah, gracias, profesor. Yo le pregunté si usted había estudiado en el Salesiano de A porque al leer su nombre en la cartelera, me acordé de que mi hermano Francisco lo nombraba a usted como su amigo, cuando él era un estudiante de ese colegio.

— Ah, algo recuerdo..., mmm... pero, ... —y aquí dijo el profesor con la seguridad de quien acaba de visualizar con precisión en su mente a alguien conocido en un tiempo pasado:

— Pacho Montañez no se graduó con nosotros!, —a lo cual Cris emocionada dijo:

— No, profesor, él desapareció de la casa cuando terminaba cuarto año de Bachillerato. Yo solamente tenía seis años. Él era mi único hermano y yo lo adoraba!... —Cris entonces continuó relatando:

— Mi padre lo buscó mucho, mucho, pero mi madre no participaba en la búsqueda, ni siquiera se interesaba por lo poco que mi padre lograba averiguar. Yo solamente pensaba en llegar a ser grande y ayudar a mi papá a buscar a mi hermano.

Cris se interrumpió para contener las lágrimas que brotaban de sus ojos siempre que pensaba en Pacho. Rápidamente se rehizo y continuó:

— Mi padre murió hace nueve años y mi madre hace tres.. Ahora ya puedo hacer lo que he deseado todos estos años, pero no sé por dónde empezar pues la familia de mi padre, aunque numerosa, no recuerda mucho de uno de los hermanos mayores... —Luego Cristina quiso explicar al profesor su recuerdo del día que miraba la cartelera y cómo la había reconfortado el dato de que uno de sus maestros pudiera haber sido amigo de su querido hermano Pacho:

— El viernes anterior al inicio de clases, cuando vi el nombre de usted en la cartelera, me pareció encontrar ahí como una flechita dibujada para mí, como indicando alguna posibilidad... —El profesor serio y amable, la miró y enseguida dijo con gesto de amistad, pasando al tuteo:

— Bueno, Cristina, déjame rebuscar los nombres y direcciones de los compañeros del Salesiano en todas mis notas y viejos

cuadernos. Mañana los traigo y comenzamos a buscarlos en este mundo real y a preguntar a cada uno de los que podamos encontrar. —Sonriendo el profesor dio la mano a Cristina y la sostuvo presionando con afecto. Finalmente expresó con toda sinceridad:

— Sostén el ánimo y la fe que has guardado en tu corazón. Creo que encontraremos algo bueno. Cuenta con mi amistad.

Luis Carlos Figueroa se despidió y siguió adelante hacia la salida.

— ¡Ah!, al final es como lo imaginé. Un buen amigo. —Se dijo Cris sonriendo. Veremos qué nos trae esta corta charla.

Un poco de orden

El lunes siguiente, el maestro se acercó a Cristina antes de comenzar la clase y le dijo que el jueves por la tarde hablarían del problema que había quedado pendiente. Eso fue todo y Cristina comprendió que Luis Carlos no quería que los otros estudiantes imaginaran que podría existir entre ellos algún interés diferente del Cálculo y sus problemas.

Con el pensamiento de tener en su casa un lugar de trabajo presentable, Cristina dedicó todos los ratos libres de esa semana, con la ayuda de Carmela, la mujer que había contratado, a la organización del estudio y biblioteca en el cuarto contiguo a la sala, cuarto que había sido el comedor de la casa en los tiempos antiguos. Para ella sola, la cocina tenía espacio suficiente para suplir el comedor, mediante una mesa redonda y cuatro asientos que había ubicado en la esquina más alejada de la estufa y el fregadero.

Así que empezó el trabajo por el traslado de los estantes para los libros. El acomodo de los libros, así fuera un tanto desordenado, sería la tarea de Carmela mientras Cris estaba en la Universidad.

El miércoles quedó el viejo comedor convertido en un aceptable lugar para estudio y discusión, con un escritorio amplio, y la antigua mesa con sus ocho sillas. Los estantes de los libros llenaban las paredes y quedaba aún espacio para otros elementos que pudieran aparecer en el futuro.

El jueves, al final de la clase de Cálculo, Cris esperó con el cuaderno abierto a que hubieran salido todos. El profesor le dijo que la esperaría en la puerta de la Universidad y se adelantó.

Cuando ella salió, no había nadie en todo el pasillo, de modo que sin preocupaciones, Cris llegó hasta la puerta. El profesor señaló su carro mientras le preguntaba si ella había traído carro.

— No, profe. Yo no tengo carro por ahora. Así que le acepto la carrera.

Ambos caminaron hasta el lugar, Luis Carlos, muy gentil se adelantó a abrir la puerta para que Cris subiera, dio la vuelta y subió él mismo.

— ¿En dónde prefieres que hablemos?, —dijo Luis Carlos

— Pues si te parece bien, puede ser en mi casa en donde tengo mucho espacio disponible. —contestó Cristina.

— Perfecto. Dime no más cómo llegar a tu casa, —dijo el profe. Escuchó y comprendió las señas simples y arrancó.

En diez minutos habían llegado. Cris se bajó inmediatamente y se acercó a la puerta con las llaves en la mano para abrir.

— Bienvenido! Esta es mi casa desde que cumplí dieciocho años. En esta casa vivimos todos hasta poco después de la muerte de mi padre que sucedió hace nueve años, como le conté. Por ahora comparto la propiedad con mi hermano hasta que yo tenga treinta años si él no ha regresado ni se tienen pruebas de que esté vivo. Yo creo que lo seguiré esperando pese a todo....

— Yo confío en que podremos saber con certeza qué pasó realmente. Confío en tu esperanza y en tu amor por él, —dijo Luis Carlos.

Entraron y, con una mirada a los lugares del primer piso, Luis Carlos afirmó:

— Es una muy buena y amplia casa.

Cristina habló del tiempo de la familia en esa casa, de sus recuerdos de niña, cuando todos cuatro vivían juntos y nada sabía ella de que Pacho no era de verdad hijo de la mamá... de todos los sufrimientos desde que él se fue... en fin, para evitar el llanto, resolvió calentar agua para preparar un cafesito y poner manos a la obra de programar lo que fuera posible para empezar ...

En un momento dado, Luis Carlos pasó su brazo por la espalda de Cris y la apretó con cariño. Estaba él también emocionado por lo que había escuchado. Luego, ambos se sentaron para tomar el café en los asientos cercanos a la mesita de la cocina y ahí mismo él comenzó a hablar.

— Pues de todos mis apuntes extraje la lista de doce compañeros que estuvimos con Francisco. En estos días he

llamado a los viejos teléfonos y quedan firmes cinco. También podemos ir al Salesiano a ver si tienen otros nombres con datos actuales, pues en total nos graduamos veinte.

— Ah! pues si vamos, podré saber el nombre de la mamá de él y por consiguiente cuál es su segundo apellido, simplemente por la copia del expediente de Francisco. Imagínate que una tía, hermana de mi padre, no sabía que él era viudo y que ya tenía a Pachito de cuatro años cuando se casó con mi madre.

Tomaron el café y Cris propuso que pasaran al estudio para determinar desde ese primer día en dónde anotarían todos los datos y guardarían los archivos que encontraran o que produjeran, porque la experiencia muestra que la memoria puede fallar.

— Este lugar está muy bien. Aquí podemos reunirnos todos los que estemos dispuestos a participar activamente en el proyecto. —Después de que Luis Carlos habló así, Cristina muy decidida agregó;

— Pues, si los jueves por la tarde tienes siempre libre, podremos fijar un par de horas de ese día para que yo esté aquí y cualquiera pueda venir con ideas o noticias... de forma que no sea una obligación para ninguno, pero sí una posibilidad para todos y cada uno.

— Perfecto, —dijo Luis Carlos— ¿qué te parece jueves de cinco a seis y media de la tarde, para empezar?

— Que sea de cinco a siete, —finalizó Cristina y para terminar dijo:

— Y que todos tengan este teléfono y se sientan en libertad de llamar en cualquier momento. Al fin yo vivo aquí y aquí en

las noches, generalmente me acompaña Carmela, mi ayudante para el mantenimiento y orden de esta casa.

Luis Carlos anotó el teléfono para darlo a los demás.

A continuación él habló un poco de sí mismo, de su historia familiar y de sus muchas dudas respecto de los cánones estrictos de su madre. Cristina comprendió perfectamente que lo prudente para ella era abstenerse rotundamente de hacer llamadas a esa casa, por lo menos mientras no se diera una ocasión muy favorable que impulsara a todos hacia la confianza y el acercamiento amistoso.

Luis Carlos se levantó para irse, quedando en que el jueves siguiente llegaría hacia las cinco y media con algunos de los ya comprometidos.

Se despidieron con un abrazo de amistad fraternal. Cristina cerró y se dispuso a esperar la llegada de Carmela.

El escuadrón de búsqueda

La vida universitaria de Cristina Montañez estaba gobernada, durante los períodos diurnos de clases y trabajos en la Biblioteca o con algún grupo de estudio cuando se trataba de realizaciones colectivas, por su afán de aprender y de visualizar el uso de tales aprendizajes en el ejercicio futuro de su profesión. Después de la jornada universitaria, a menos que se preparara para un examen o para hacer una exposición personal de algún tema, Cristina dedicaba la mayor parte del tiempo a todos los asuntos relacionados con la búsqueda de Francisco.

Así llegó el jueves. Al término de la última clase, Cris se apresuró a salir para llegar a su casa antes que cualquiera de los compañeros de su hermano, contactados por Luis Carlos.

— Hola, Carmela, gracias por estar tan puntual!. ¿Alguien ha llamado? —saludó y preguntó Cristina al entrar.

— Solamente un señor que quería confirmar la dirección. Apunté el nombre en la libreta según sus instrucciones. —respondió la aludida,

— Muy bien, Carmela. Ahora quiero explicarte de qué se trata...

Cristina explicó a Carmela la gran búsqueda que empezarán esa tarde en grupo y la importancia de que ella se sintiera partícipe, pues su trabajo de ser el punto de referencia de todos los vinculados al proyecto, tenía una importancia definitiva para el logro del objetivo. A continuación indicó:

— Como rutina de los jueves, prepara un plato con panecillos o galletas y ten lista la cafetera para ponerla al fuego cuando nos acomodemos en la mesa del estudio. Nada más por hoy, fíjate si es necesario ir a comprar algo. En adelante lo tendremos previsto.

Carmela procedió a buscar y disponer los comestibles y a cargar la cafetera que quedó en espera sobre la estufa. Unos diez minutos después sonó el timbre y se oyeron voces y pasos por el pasillo de entrada. Cristina abrió la puerta.

— Buenas tardes a todos! Yo soy Cristina Montañez y me siento muy afortunada de tenerlos en esta casa que deseo consideren como de ustedes, —dijo Cris y a continuación dio la mano a cada uno de los que iban entrando y dando su

nombre. Al final Luis Carlos muy sonriente, le dio un fuerte apretón con ambas manos y añadió:

— Somos cinco por el momento. Falta Aldemar Cortés. Debí tener algún contratiempo. Él dijo que llegaría directamente aquí.

Cris miró el apunte de Carmela y confirmó:

— Es el que llamó para pedir la dirección. Seguro no la apuntó y se le fue de la memoria.

— Pues creo que sí. Esperemos unos minutos, porque la cita fue para las cinco y media y todavía faltan diez, —respondió Figueroa

Cris quiso presentar a su ayudante Carmela Sánchez, como un miembro más del equipo, quien era la encargada de contestar el teléfono a partir de las dos de la tarde de lunes a viernes y de llevar anotaciones precisas de encargos o razones que cualquiera de los colaboradores deseara enviar a otro o a todos.

Todos aplaudieron a Carmela y ella sonriente les dijo:

— Gracias. Estoy muy contenta de colaborar en lo que me sea posible. —Luego les indicó el salón convertido en estudio, en donde podían acomodarse de una vez.

Enseguida Cris hizo seña a Carmela para que acercara la cafetera al fuego y mientras tanto ella ofrecía los panecillos que estaban en el plato, para que cada participante tomara uno al entrar al estudio.

Cristina invitó a Luis Carlos a ocupar la cabecera y a iniciar y dirigir esa primera reunión, a lo cual él accedió con sencillez. Carmela distribuyó las tazas de café para todos.

Luis Carlos rememoró rápidamente los hechos acaecidos quince años antes y lamentó que las circunstancias los hubieran alejado unos de otros, haciéndolos olvidar los deberes de la amistad.

A una señal gentil de Luis Carlos, Cristina se presentó como la Secretaria permanente del grupo. Ella llevaría un cuaderno de todo lo que se propusieran realizar y de los resultados y conclusiones a que fueran llegando, sea en reuniones como la presente o en comunicaciones escritas o telefónicas que pudieran llegar en otros momentos.

Luis Carlos dijo que en esta primera reunión convenía mucho, después de la lista de los presentes, escuchar hechos acaecidos al respecto, análisis de situaciones similares que alguien conociera y de la forma en la cual terminaron, ... etc.

En ese momento sonó el timbre. Carmela, cuyo puesto estaba en un banco cerca de la puerta del estudio, se levantó de inmediato y fue a abrir.

— Buenas tardes y perdón por el retraso, —dijo el recién llegado.

— Pasa, Aldemar, estamos comenzando —dijo Luis Carlos desde su lugar y el recién llegado fue dirigido por Carmela hasta uno de los asientos que estaban libres.

Tras una breve repetición del objetivo expresado, Luis Carlos esperó que alguno se animara a comenzar.

Eliécer Pinto se levantó y dijo que comenzaba por presentarse: Era abogado penalista y se había tropezado en su profesión con algunos casos de menores extraviados o fugados de sus hogares, sobre todo casos de adolescentes en la edad difícil, entre los doce y los quince años.

Aldemar Cortés hizo señal de querer participar y explicó que él conoció un caso de adolescente fugado en el vecindario en donde él mismo vivía. Que cuando se mudó un año después, los padres del joven de quienes él se había hecho amigo, no habían avanzado a pesar de esforzarse mucho, en el propósito de encontrar a su hijo. Nunca supo nada más ni siquiera intentó volver por esos lados. Ahora lo lamentaba..., algo parecido a lo que sentía en ese día y hora en que todos ellos estaban.

Cristina misma decidió hablar de los esfuerzos de su padre y de la tristeza que lo fue venciendo cuando se convenció de que no encontraría a Pacho, tristeza que él se llevó a la tumba hacía ya nueve años. Ella había deseado mucho poder ayudar al papá, pero era demasiado niña y su madre decidió no dejarla ni un minuto, tal vez temiendo que ella pudiera salir en busca de su hermano y no fuera capaz de regresar...

No habiendo más intervenciones, Luis Carlos propuso que se enunciaran posibles causas por las cuales un adolescente que tiene una familia buena y no pasa hambre, decide un día salir de su casa para no volver.

Cristina anotó las siguientes posibles causas:

Aburrimiento, rabia por los castigos, pereza de estudiar, ganas de tener dinero propio, deseo de trabajar en algo para recibir un pago en dinero, peleas con otros hermanos, complejos, ganas de aventurar y conocer otros lugares...

Eliécer propuso enumerar los peligros que acechan a un adolescente que abandona la seguridad del hogar.

Él mismo comenzó hablando de la existencia de seres malvados que buscan jóvenes para vincularlos con tráfico de drogas o con pandillas y contrabando de armas o de niños

menores,... infiernos verdaderos en este mundo. Lo menos peligroso es la fuga hacia el campo para trabajar la tierra a jornal y librarse de las cargas del estudio y de las obligaciones familiares, sobre todo si el adolescente tiene el plan hecho y cuenta con el dinero necesario para llegar hasta el punto en el cual piensa que conseguirá un trabajo dentro de la etapa de recolección de cosechas o limpieza de sembrados, o ... algo similar.

Cristina temblaba al escuchar lo de los peligros y confiaba en que su hermano tendría un plan concreto para escapar de esa madre que no lo quería... Sí. Él era un chico inteligente y buen estudiante cuando dejó la casa, de modo que no salió sin un derrotero claro...

La sacó de su análisis la voz de Luis Carlos que decía:

— Como tarea, para el jueves siguiente, cada uno tratará de desarrollar una de esas ideas o de buscar en noticias de periódicos viejos, relatos de situaciones similares, de las acciones de los padres y allegados y de si pudieron lograr un final aceptable o no. También podrían discutir una especie de carta a un adolescente que piense huir de su casa...., carta que se podría publicar en los suplementos dominicales de los periódicos del país, —tras una pausa, Luis Carlos continuó:

— Este esfuerzo nos ayudará a comprender y a plantear soluciones y prevención posible de ese sufrimiento para todos los miembros de la familia, en muchas familias.

Todos se mostraron de acuerdo. Rafael Blanco habló a todos de localizar a Bartolomé García que había sido compañero de pupitre de Pacho Montañez en el curso Cuarto que fue el último que él cursó en el salesiano, y por tanto 'Bartolo', como todos le decían, pudo ser el confidente de sus planes...

Eliécer se comprometió a buscar a Bartolomé e invitarlo para la próxima reunión.

Cuando todos menos Luis Carlos se despidieron y salieron uno a uno, Luis Carlos se acercó a Cristina y le pidió en voz baja que lo esperara. Él llevaría a los otros y regresaría para que hablaran. Que le pidiera a Carmela que la acompañara esa noche. Cristina afirmó con un movimiento de cabeza.

A su regreso, en cuanto Carmela abrió, Luis Carlos entró directo a la sala y se ubicó al lado de Cristina que se había sentado en el sofá grande. La miró de frente y habló con voz tranquila:

— Te vi nerviosa cuando Eliécer hablaba de los malvados... pero no temas. Pacho no es del género fácil para caer en esas garras. Es muy inteligente y además es un hombre bueno. Puedes estar segura de que tus oraciones son escuchadas y lo protegen... Al decir esto, tomó entre las suyas la mano más próxima de Cris y la acarició con suavidad y ternura.

— Gracias por tus palabras y por tu amistad. Te he sentido muy próximo a mis propios sentimientos y nunca antes había experimentado esta forma de amistad, tan parecida al amor verdadero que puede unir los corazones de dos amigos... sin egoísmo ni dobleces.... —Cris suspiró y acercó las manos de Luis Carlos junto con las suyas, a su corazón.

— Yo me siento muy afortunado de tener esta amistad y este proyecto contigo. Es como una gran luz para mi vida —al decirlo, Luis Carlos estaba realmente emocionado, pero sin excesos ni redundancia de palabras. Cris habló entonces:

— Estoy segura de que encontraremos a Francisco y tendremos unos días llenos de felicidad. Imagino como si yo fuera a nacer a mi propia edad adulta, porque hasta ayer mi ser era el

de la misma niña de seis años que amaba a su hermano y a su papi y que, no teniendo a ninguno, solamente en sueños podía encontrar motivos de alegría. —Luis Carlos la escuchaba con los ojos brillantes y así contestó:

— Yo quiero nacer contigo a esa alegría. Yo no soy un niño sino un adolescente lleno de restricciones y muy desesperado con ellas. Permíteme participar en tus sueños. Vivamos esa infancia que se nos fue, en la esperanza de la felicidad que está por llegar. Tal vez luego, podremos ser adultos con plenitud.

Pusieron sus brazos entrelazados y permanecieron silenciosos unos minutos. Luego Luis Carlos con gran cuidado separó los brazos de Cris de los suyos y se levantó.

— No olvidemos estos bellos instantes. Descansa y confía. Recuerda mi nombre en tus oraciones. Nos veremos cada día sin necesidad de miradas furtivas e intencionales. Saber que estás cerca me llevará al bello sueño de la alegría, de la libertad y de la vida en felicidad! —dijo para despedirse. Luego dio un beso en las manos de Cris y salió.

Cristina se sintió feliz. "Es como si alguien me hubiera asegurado que acaba de ver a Francisco vivo... , es increíble lo que hace el sentir la voluntad y el cariño de un grupo de verdaderos amigos..."

— ¡Gracias Dios! por esto y ¡gracias por lo que vendrá!, y, ¡gracias también por Luis Carlos y su afecto! —Cris se levantó del sillón, estiró hacia arriba sus brazos y todo su cuerpo, apagó las luces y subió a dormir.

La Matemática está viva

Cada uno de los siguientes días, Cristina al despertar empezaba por la cuenta de los que faltaban hasta el jueves siguiente. Luego se aferraba a las tareas establecidas por su horario y otros compromisos que iban surgiendo.

Uno de esos compromisos apareció en la persona de Nora Carrillo, su amiga de semestres anteriores, aquélla que la había puesto en guardia frente a Luis Carlos el primer día del semestre actual.

— ¡Hola, Cris! —Llamó Nora en voz alta desde una mesa en la cafetería de la Universidad. Cris se acercó con su café.

— Norita!, ¿Cómo vas? —preguntó Cris sonriente e interesada.

— Pues bien. Ahí avanzando con ese Cálculo tan difícil —fue la respuesta de su amiga

— No es tanto. A mí me parece como si las Matemáticas se volvieran vivas... Ya no es una ecuación que se pinta como una curva, sino una curva o recta que es un camino por donde avanza un puntico... lo veo muy interesante, una curva es una trayectoria... eso suena a paseo!... —y Cristina se reía mientras dibujada con los dedos, curvas imaginarias sobre la servilleta.

— Bueno, siempre es que sigues un poco mal de la cabeza. No vayas a interrumpir otra vez tu carrera, como la vez pasada... —contestó Nora muy seria.

— No. No la voy a interrumpir, pero si el Cálculo Vectorial me sigue gustando tanto, creo que de pronto me paso a la carrera de Matemáticas... —y Cristina pensaba por primera vez en esa posibilidad y la veía atrayente.

— No sé qué decirte, además no tendría ninguna importancia lo que yo pensara, pero el futuro es muy, muy diferente, entre

ser una Ingeniera Industrial y ser una Matemática! —exclamó Nora.

— Pero de momento, nada está decidido. Solamente que me gusta mucho el asunto 'Vectorial', —confirmó Cris.

— Y, ¿cómo te parece el maestro?... supongo que sabes que es el soltero más codiciado de toda la Universidad... —dijo Nora, confirmando su opinión del primer día...

— Me parece un buen profesor. Explica muy bien y es además, muy bien educado. Lo de si soltero o no, pues no es mi asunto, —contestó categóricamente Cristina.

Con esta conversación, Cris decidió de inmediato, que si fuera posible sin atrasarse más, ella intentaría el cambio de carrera. Ahora comprendía que ser Matemática se parecía mucho más a sus gustos y aptitudes, que ser Ingeniera Industrial. Lo hablaría con Luis Carlos cuando se presentara la oportunidad. Decidió no hablar a Nora de Francisco ni de ninguna de las actividades relacionadas con él. Norita era una buena chica de clase media, sin problemas económicos ni grandes aspiraciones intelectuales que disfrutaba con los chismes diarios de las parejas de una y otra categoría. Para qué entregarle un tema tan delicado y sensible como la existencia misma de su hermano?.

Iniciar la pesquisa

Y llegó la reunión del jueves y Eliécer cumplió su palabra y llegó con Bartolomé García...

—¡Buenas tardes, Bartolomé!, —saludó Cristina luego de que Eliécer le presentara al nuevo miembro del grupo.

Bartolomé respondió con finura y pasó directamente a ocupar el puesto contiguo al de Eliécer.

Luis Carlos abrió el diálogo dando la palabra a Bartolomé.

— Pues en el curso cuarto, ¿recuerdan que teníamos pupitres unidos de a dos, con un solo banco alargado para ambos, pero los cajones de los libros se abrían separadamente y que teníamos como director de grupo al maestro Anastasio a quien llamábamos entre nos, 'Anacleto', que nunca nos hizo cambiar de puesto, de modo que todo el año, cada uno ocupó el mismo pupitre del primer día? —todos asintieron sonrientes.

— Pues Pacho Montañez entró directamente a sentarse en la última fila, en el pupitre que quedaba cerca de la puerta de atrás del salón, la que permanecía abierta durante las clases, pues los maestros de turno cerraban la otra, que abría casi frente al pupitre de ellos, tal vez para evitarse el frío o los ruidos del corredor. Yo llegué detrás de Pacho y me senté a su lado, más hacia el centro del salón. Desde el primer día nos hicimos amigos y comenzamos a charlar de cuanta cosa nos pasaba por la tusta. —todos rieron al escuchar la palabreja significando 'cabeza' en la jerga de aquel entonces.

— Entonces Pacho me contó muchas cosas de su vida. Era muy aburrida según él. Su gran alivio era salir de la casa a la que llamaba la cárcel, para cualquier parte, aunque fuera el colegio salesiano que también le parecía una medio cárcel, por suerte sin mamás que regañan y castigan por todo. En ese nivel se mantenían nuestros secretos. Nunca me dijo que proyectara fugarse de la cárcel, pero sí recuerdo que a partir de las vacaciones de mitad de año, volvió un poco menos conversador. Un día le pregunté en qué andaba pensando y me contestó que en cómo conseguir una plata que necesitaba para comprarse una bicicleta... aunque la palabra 'bicicleta' la dijo

como por completar la frase, como por no decir qué era lo que realmente quería... —todos atendíamos en silencio. Sentíamos que el meollo de la huida estaba por esos lados. Bartolomé continuó:

— Pues resulta que en ese mismo tiempo, después de las vacaciones apareció un 'amigo' de Pacho, un pelao del curso Segundo (nosotros íbamos en cuarto) que llegó por la puerta de atrás y le hizo una seña a Pacho para que le hiciera campo en nuestro banco. Pacho me empujó un poco y me dijo que ése era un amigo y paisano, que habían nacido en el mismo pueblo, y que lo dejáramos sentarse ahí con nosotros. Claro que yo lo dejé y así fue como Gúmer Bobadilla, el 'paisano', se convirtió en un miembro más de nuestro grupo, solo que miembro de tiempo parcial, dependiendo del maestro del momento... —todos nos reímos del asunto.

— La cosa es que Pacho hizo de Gúmer su confidente. A mí me entró la sospecha de que la tal bicicleta tenía que ver con ese 'paisano', pero nunca pude saber ni oír nada de lo que ellos hablaban, no solo en los ratos en que nuestro banco era de tres, sino que los veía en los recreos y a la salida hable y hable y hable... Es todo lo que puedo contar al respecto. —Así terminó la intervención de Bartolo.

— Y, nunca supiste en dónde vivía el tal paisano? —preguntó Luis Carlos.

— No. Pero podríamos ir al Salesiano y preguntar por ambos y por el dato del pueblo en donde nacieron. Seguro que conociendo el problema, allá nos ayudan. —dijo Bartolo.

— ¡Claro! —apuntó Eliécer—, si quieres, Bartolo, podemos ir juntos, Luis Carlos, tú y yo.

— Mañana nos podremos comunicar a través de Carmela y si se puede, mañana mismo vamos. Claro que mejor si tú, Eliécer, como abogado, llamas temprano para pedir una cita y estar seguros de que nos atienden. —Expresó Luis Carlos con la evidente expresión de urgencia que el asunto iba tomando.

—Yo estaré aquí desde las ocho de la mañana para esperar sus llamadas, —dijo Carmela.

— Seguro, —dijo Eliécer mientras anotaba los datos conocidos: nombres, grados, año del suceso...

Así terminó la corta reunión. Al final aparecieron los panecillos y el café. Todos se miraban nerviosos y esperanzados mientras comían con gusto. Nada se veía completamente claro, pero habiendo aparecido el tema de reunir dinero, el asunto pintaba realmente bien. Pacho había hecho sus preparativos, sin ninguna duda.

Al salir Luis Carlos de último, él y Cristina acordaron con una leve inclinación de cabeza, que se encontrarían un rato después.

Cristina apremió a Carmela para que se acostara pronto pues tendría que madrugar para ir a su casa a cumplir sus tareas matutinas y regresar antes de las ocho. Así se hizo.

Chismes y reflexiones

Cris misma abrió la puerta en cuanto sintió que Luis Carlos estacionaba.

Luis Carlos, una vez adentro, ajustó la puerta y con su brazo sobre el hombro de Cristina caminó con ella hacia el sofá de la sala.

Antes de sentarse, demoraron un poco en mirarse uno al otro. Luis Carlos se inclinó para besar la frente y la cabeza de su amiga y ambos se sentaron.

— Me siento muy optimista, —dijo él.

— Yo siento lo mismo. Ahora siento algo muy grande y fuerte que me une a ti pero que no deseo se convierta en una pretensión egoísta de dominarte. Te quiero libre y feliz.

— Dejemos crecer los sentimientos dulces y generosos... descansemos por el momento de pensar en el proceso que llevamos en grupo. Mañana tendremos nuevos elementos. Hablemos un poco de nosotros. —dijo Luis Carlos

— Empezaré por algo tonto, —expresó Cris—: Hoy una antigua compañera del primero y segundo semestres me dijo que tú eras el soltero más codiciado de toda la Universidad...

— Y ¿por qué salió con esas? —preguntó Luis Carlos.

— Pues que yo le había comentado que el Cálculo Vectorial me parecía muy linda materia. Que era como si la Matemática tiesa de toda la vida, se volviera un ser vivo. Que una curva no era una ecuación solamente, sino un camino por el cual un puntito podía avanzar, que esa curva tiesa se convertía en una trayectoria y que esa palabra hablaba de aventuras, de caminatas, de seres vivos...

— Y, realmente lo sientes así? —preguntó Luis Carlos con el mismo interés con el cual la venia escuchando.

— Sí, realmente era la primera vez que lo expresaba, pero lo iba sintiendo y descubriendo tal como te digo... —Sin dar

tiempo a respuesta, Cris terminó el contenido del diálogo con Nora:

— En cuanto a ti, ella me preguntó cómo me parecías y yo le contesté que eras un buen profesor y un señor muy bien educado. En cuanto a lo de 'soltero' codiciado o no, pues le dije que ése no era mi asunto y en eso lo voy a dejar para ella y para todas las que pudieran curiosear al respecto. Son criaturas tonticas y mediocres pero no malvadas. No es necesario ni posible compartir intimidades y pensamientos un poco más elaborados con ellas, pero tampoco hay ningún derecho de menospreciarlas.

Luis Carlos sonriente y tierno acarició uno de los cachetes de Cris y después de pensar un poco dijo:

— Pues lo de hacerte Matemática me parece formidable. Tienes toda la pasta para lograrlo. Además serás una súper excelente profesora de Matemáticas en el futuro, y eso lo veo mucho más valioso que ser una de tantas, así sean muy listas, ingenieras industriales que ya tiene este mundo. De esto podemos hablar en la Universidad y averiguar qué tendrías que adelantar para entrar al cuarto semestre de Matemáticas el próximo período. Déjame y la semana entrante comienzo a hacer averiguaciones.

— Ahora tú. ¿Qué piensas de ti o de mí?. —Preguntó Cris.

— Pienso que nos hemos venido acercando el uno al otro de la mejor forma: tratando de buscar los caminos para dar fin y realización a una causa, una verdadera y muy humana causa.

— Además, frente a nuestros diálogos y preguntas en relación con la vida de tu hermano, se me ha hecho evidente el vacío de valores en los cuales se fundamenta todo el andamiaje de la

vida de la sociedad que a sí misma se considera la más alta y el modelo insuperable de dignidad y logro en este mundo.

— Y, si se tratara de otra gente, ¿qué sentirías? —preguntó Cris.

— Aunque tú y yo fuéramos simples compañeros, como lo soy con cualquiera de los otros que han venido a nuestras reuniones, la participación en ellas me habría sido a mí de inmenso valor. Me haría incapaz de continuar mi vida anclada en esos valores aprendidos por la fuerza de la repetición y exaltación de los mismos, que pronuncian sin cesar los dignos representantes de mayor edad, de la que ellos consideran la mejor sociedad de nuestro mundo.

— Y, comparando lo que no es comparable, si yo decido mudar mi mente al mundo de la Matemática, a dónde decides tú mudar tus valores? —expresó Cris lentamente y con alguna inseguridad.

— Eso espero acabar de esclarecerlo con tu ayuda, mi bella y dulce amiga. —dijo Luis Carlos sonriendo con dulzura. Enseguida levantó suavemente el mentón de Cris y le dio un beso inesperado, muy ligero y tierno, en los labios.

— Ahora me voy! — Y, levantándose, salió sin más.

Al despertar en la mañana, Cris tomó nota de que Carmela había salido temprano. Así que se duchó rápidamente y comenzó a vestirse para estar lista a cualquier noticia que pudiera llegar antes del regreso de Carmela. Su primera hora de clase era a las nueve, de modo que saliendo a las ocho y media, llegaría puntual. En ese momento eran las seis pasadas.

Miró sus cuadernos de ejercicios y los apuntes de lo que estaba pendiente en todas las materias. Salvo lo relativo a la búsqueda de algún texto inicial de Teoría de Números, acerca

de lo cual ella sentía curiosidad e interés, pero lo había relegado para después del tema "F". No estaba apurada por ningún problema de nivel matemático superior. Entonces se sentó a recordar la conversación de la noche anterior con Luis Carlos. ...

Él esperaba tener claridad sobre los cambios necesarios en su propia escala de valores y contaba con ella para obtener tal claridad. Cris creía comprender fácilmente al viejo abuelo, el padre de la mamá de Luis Carlos, quien había rescatado a su nieto con mucho interés y amor... ¿quién sabe?... porque al fin ese niño 'salvado' era su único heredero directo y, pues Cris sabía por explicaciones de su padre, que los muy ricos buscan por encima de todo, un heredero de su propia sangre y que, ojalá, lleve su mismo apellido. Entonces el pobre niño Luis Carlitos no salió redimido de la pobreza ocasionada por errores de su padre Figueroa, con el trasplante a la gran propiedad de la familia materna, sino al revés, cayó en las garras de los intereses económicos acumulados a través del tiempo por los rescatadores y fue sentenciado a someter íntegramente su juicio y voluntad al crecimiento de tales intereses y nada más.

Cristina, al pensarlo así, sintió miedo del poder terrible del dinero y de quienes lo manejan y comprendió las palabras de Luis Carlos respecto de la guía que ella le podría dar.

Lo primero que pensó fue sobre qué método seguir para comprender a Doña Josefina, la madre de Luis Carlos. Si fueron verdaderas las palabras que su hijo recordaba que la madre le había dirigido, de que él estaba en su derecho de elegir de acuerdo con sus propios pensamientos y gustos, entonces el problema solo existía en la mente del abuelo.

Si además de Luis Carlos había otros posibles herederos aunque no en línea tan directa como él con el actual dueño, pues esos posibles estarían encantados de cantarle 'La Retirada' hostigándolo de forma que se viera obligado a retirarse del juego. Luis Carlos, entonces solamente tendría que luchar con las aspiraciones de la madre y eso sin duda sería relativamente fácil y seguro: El abuelo adjudicará sin duda una herencia suficiente para que su hija tenga un buen vivir en todo el tiempo que le quede de vida.

Entonces, ¿qué será del problema?

Pues el problema se convertirá en que la madre no va a estar feliz. Que de pronto algunos nuevos parientes por el lado de los herederos harán mofa del tonto Luis Carlos, con el consiguiente sufrimiento y humillación de doña Josefina... en fin, todo lo que es común a la mezquindad de muchos, en este mundo traidor... en el fondo: ¡Nada grave!

Estos fueron los pensamientos de Cris hasta el momento de la llegada de Carmela. Entonces Cristina anotó en su cuaderno personal, cortas frases que le recordaran sus reflexiones.

Aparece el héroe

Siendo las ocho pasadas, Cristina se despidió de Carmela y se fue a la Universidad prometiendo que ella llamaría en cada descanso para saber si había alguna noticia.

A la llamada de las once y cuarto, Carmela contestó:

Señorita Cristina, Don Luis Carlos le mandó decir que apenas pueda se venga para su casa. Que el señor Bobadilla ya viene en camino.

Bueno, y ¿dijo algo de almuerzo?

Sí, dijo que lo importante era que usted llegara. Que salían a buscar algún restaurante. A mí me dijo que solamente café y panecitos por si acaso...

Ok, entonces en un cuarto de hora te llego.

Cris llegó antes que Luis Carlos y sus acompañantes. Carmela le informó que ellos ya sabían que ella estaba por llegar.

Entonces Cristina le propuso a Carmela que acomodara su colchón arriba, como hicieron al principio, en el mismo cuarto de Cris para esa noche. Ella invitaría al señor Gúmer que esperaban, para que se quedara a dormir en la casa y para eso, le pedía a Carmela que arreglara el cuarto de abajo poniendo sábanas y cobijas limpias tendidas sobre la estera que quedaba al quitar del colchón, con una toalla limpia al pie de la cama. Que barrierá todo, y llevara un asiento para que él tuviera en donde poner su ropa. Se trataba de un señor del campo y sabía dormir en cama dura. Estaría contento sin ninguna duda, aunque actualmente fuera un empleado algo importante de la Alcaldía de un pueblo lejano.

Llegaron los tres comisionados. Contaron que en el Salesiano les tenían ya ubicado al exalumno Gúmer Bobadilla y lo localizaron por teléfono en el pueblo de Santa Rosa, en Boyacá. Eliécer había llamado a las siete y media a la Secretaria del colegio, como abogado en funciones, de la familia de Francisco Montañez.

Bartolo habló con Gúmer de lo que se trataba y él contestó que claro que iría inmediatamente y que sí que tenía una buena sorpresa para la señorita Cristina. Porque Pacho le había contado de su hermanita, de modo que Gúmer conocía los nombres de la familia completa. Entonces Gúmer dijo que en

ese mismo momento avisaría en la Tesorería de una reunión urgente en Bogotá y saldría para allá. Bartolo le dio la dirección de Cristina y quedaron de esperarlo para almorzar. Le preguntaron si viajaba en bus y dijo que no, que en su propio carro. Bartolo hizo cara de mucha admiración: ¡tiene carro propio, quién lo iba a decir! comentó entre risas. Eliécer se mostraba pensativo. No podía imaginar al tal Gúmer.

Para calmar los ánimos, Bartolo habló de almorzar. Dijo que lo mejor sería una fonda tipo campesino, y ahí pedirían alguna bandeja de asado con papas saladas y gaseosas. Esa comida no tenía pierde.

Carmela les comentó de un lugar así, típico boyaco, a tres cuadras y se ofreció a ir a separar una mesa para...siete, diciendo que llegarían a eso de la una y media o dos de la tarde, explicando que estaban esperando a dos que faltaban por llegar.

La idea fue aceptada y todos se tranquilizaron y sugirieron un tinto mientras tanto.

Mientras tomaban el café, Luis Carlos preguntó si habría que pensar en hospedaje. Cris le contestó que ella lo invitaría a quedarse ahí en la casa. Que ya Carmela le había arreglado el cuarto, a la usanza campesina. Cris añadió que ella sabía mucho al respecto porque su padre amaba sus raíces campesinas y le había enseñado a fondo la ciencia de tener contentos a los boyacos así fueran del pueblo o del campo.

Con tal explicación Luis Carlos quedó muy tranquilo.

En esas ... oyeron las latas de un carro viejo que frenaba. Bartolo apenas sonrió y Cris se paró mientras Carmela abría la puerta.

Un carro bien viejo y oxidado se veía al pie de la puerta y de él salía un hombre evidentemente joven, con camisa limpia y pantalones remendados que se aproximaba trayendo un maletín a juego con los remiendos

— Buenas tardes! —dijo el recién llegado.

— Buenas tardes...., tú eres Gúmer? —contestó Luis Carlos

— Sí, soy Gúmer Bobadilla. amigo y paisano de Pacho Montañez.

Luis Carlos le extendió su mano mientras se presentaba:

— Luis Carlos Figueroa. Muy contento de conocerte. Yo no recuerdo tu nombre y creo que no te había visto antes. Tu nombre no estaba en la lista del cuarto grado...

— Sí, tienes razón. Es que yo nunca fui del mismo curso de ustedes. Solamente de metiche, por encontrarme con mi paisano Pacho, me sentaba al lado de él apenas podía escapar de mi salón que era el de Segundo.

Todos se rieron de la ocurrencia y de la cara del recién llegado que tenía rasgos casi infantiles de pillo.

— Pues la cara te hace el sumario! —Exclamó Eliécer, el serio abogado del grupo. Nuevas risas acabaron de destensionar el ambiente.

En este momento Gúmer miró hacia adentro con ganas de sentarse en algún lugar para descargar su portafolios. Todos comprendieron sus intenciones y se hicieron a un lado para que él pasara.

— Gracias. Me siento muy agradecido por haber sido tenido en cuenta, dijo apenas logró sentarse frente a uno de los puestos de la pequeña mesa de la cocina. Luego prosiguió su relato:

Fue una casualidad que Bartolomé García, Bartolo, el que me hacía cuarto para que yo pudiera sentarme entre él y Pacho en aquellos tiempos del Salesiano, tuviera mi viejo número de teléfono y se acordara de mí y me dejara una razón en esa casa que es de un familiar en donde yo viví el tiempo de mis estudios en el salesiano... para que yo llamara al colegio el día de hoy bien temprano —hizo una pausa antes de proseguir:

— Pues la escapada de Pacho de su casa me tomó por sorpresa. Él me venía hablando de lo muy aburrida que era su vida, sobre todo porque su mamá lo castigaba y regañaba mucho. Nunca me dijo que se pensaba escapar, pero sí decía que él preferiría trabajar como jornalero en algún campo grande, muy lejos de la capital. Que a él no le importaba si no llegaba a ser un doctor, pero lo que sí quería era vivir tranquilo y tener un sueldo aunque fuera de pobre...

— Me demoré mucho en saber que Pacho se había fugado de su casa porque no continué en el salesiano, por razones de pobreza. Mi padre me volvió a llevar al pueblo para que trabajara el campo con él y así estuve hasta que cumplí los veintiuno y me cogieron para el Servicio Militar de dos años.

— Cuando regresé con poderosa libreta militar de primera, entonces empecé a trabajar en mi pueblo, pero en la Alcaldía, porque yo sabía leer y escribir bien y también podía resolver problemas de Matemáticas de las cuatro operaciones y entonces, casi me nombran de maestro, pero eso no quise. Me parecía imposible tener enfrente un poco de pelaos como había sido yo... eso sería terrible. —Nuevas risas lo acompañaron. —Entonces fui Secretario del Tesorero y ahí me fue bien y ahí sigo.

— Un día me llegó una carta de lejos. De Santa Marta. Pero traía la dirección del campo, de la vieja casa de mi familia. El

cartero al ver mi nombre encima, me la llevó directo a la Tesorería. Eso fue hace como cinco años.

La carta era de mi amigo Francisco Montañez. Era para pedirme el favor de que le sacara un Registro de Nacimiento de él y se lo mandara porque lo necesitaba para sacar la cédula de ciudadanía. Me decía que no hablara de esto a nadie porque él imaginaba que en su familia no lo querían porque él se había escapado... , pero que él quería ser un ciudadano responsable. Que por allá había terminado el Bachillerto en un colegio bastante malo según decía el patrón de él, y le dieron el título, aunque sin papeles, pero bien y que por eso él decía que apenas tenía diecisiete años y no se lo habían llevado al Servicio Militar. Pero que apenas tuviera su cédula, él mismo se presentaría para pagar su servicio de un solo año porque era bachiller...

Me daba una dirección que era un Apartado Postal de Santa Marta y allá le mandé el Registro de nacimiento. Eso fue todo. Pero así supe de mi amigo y paisano a quien imaginaba hecho todo un doctor.

Cristina llorando, se paró a abrazar a Gúmer.

— ¡Gracias a Dios y gracias a ti Gúmer! hoy al fin sé que Pacho, ... mi hermano amado está vivo y está bien! y lloraba a mares y repetía: ¡Está vivo!, ¡Está vivo!...

Luis Carlos se aproximó y la abrazó por la espalda. Los otros se acercaron para agradecer a Gúmer . Él emocionado rebuscó en su carpeta y al fin encontró un papel todo arrugado y amarillento: era la carta de Francisco. Se la entregó a Cris. Luis Carlos la tomó porque las lágrimas de Cris amenazaban destruirla.

Toda la emoción fue bajando de tono. Bartolo habló de ir a almorzar a la fonda cercana.

— Ay, sí! —dijo Gúmer—, si salí sin desayuno y apenas ahora me acuerdo.

Todos arrancaron a pie, con Carmela a la cabeza.

Una reunión extra

El almuerzo fue un éxito. Gúmer estaba feliz. Quería ver a Francisco, quería ir a buscarlo a Santa Marta, quería acompañar a la señorita Cristina, ...

Luis Carlos quiso primero comprometer a Gúmer a quedarse con ellos esa noche. Si lo lograban, cada uno llamaría a uno de los otros del grupo para que todos llegaran a la casa de Cris.

Hola, Gúmer, Cristina tiene un cuarto en su casa para ti. Quédate esta noche y si tienes mucho quehacer, te vas bien madrugado. ¿Qué dices? —preguntó Luis Carlos

— Pues sí. Yo dije que tenía una reunión en Bogotá. No habrá problema si llego mañana —contestó el aludido.

— Entonces yo propongo que nos vayamos a la casa de Cris, para que Gúmer pueda descansar un rato y mientras tanto, citamos al resto del grupo para las seis de la tarde —dijo Luis Carlos.

Dicho y hecho. Luis Carlos se acercó a pagar y todos salieron acompañando a Carmela. Cris le indicó que llevara a Gúmer y le mostrara la habitación y el baño, y lo dejara solo.

Cristina esperó a Luis Carlos y juntos tomados de la mano, caminaron lentamente detrás de los demás.

— Luis Carlos, ¡gracias!..., gracias a ti he recibido esta alegría tan inmensa, te la quedo debiendo... —luego, en un tono juguetón, Cris añadió:

— Pero no quiero acumular deudas y ahora mismo te voy a pagar algo que me diste al fiado... —y tomando con las dos manos la cabeza del hombre, se empinó para besarlo rápidamente en los labios...

— Ah, diablilla!... pues bueno, ya que tomas al fiado, lo tendré muy en cuenta, —dijo riendo el pobre... ¿enamorado?

Una vez en la casa, Bartolomé llamó a Aldemar Cortés y a Rafael Blanco y Eliécer llamó a Eduardo Ariza. Los tres dijeron que llegarían a las seis y media.

Luis Carlos y Eliécer decidieron empezar la reunión cuando llegaron los esperados, haciendo un resumen de todo lo acaecido en ese solo día. Todos se miraron sorprendidos de los logros y de las circunstancias completamente banales en apariencia, de los recuerdos relativos al pupitre y al amigo de segundo grado, colado en el curso cuarto, y, de la solución que llegó por ese camino, en la persona de Gúmer..., quizás el último personaje que alguien hubiera tomado en cuenta en una investigación seria, dentro de un colegio serio y tradicional...

A las siete, Cristina se paró porque escuchó abrirse la puerta del cuarto en donde dormía Gúmer. Efectivamente, un momento después, los dos entraban al estudio.

Carmela ofreció café y panecillos para todos y, una vez presentados los últimos en llegar, Cris dijo que deseaba escribir una memoria de todo el trabajo del equipo, que había durado en total cuatro jueves y un día, lo que hace un mes muy bien empleado, motivado por la amistad y trabajado por el deseo verdadero de encontrar la solución.

— Cuando tenga un primer borrador, les envío una copia a cada uno, si tengo sus direcciones, o se las dejo aquí con Carmela, si no tuvieren un lugar fijo. Esto para que la lean y puedan anotar posibles errores o datos faltantes. —Expresó Cristina.

Todos estuvieron de acuerdo. Bartolomé levantó la mano para hablar y Luis Carlos lo invitó a hacerlo

— Yo nunca había participado en algo como este grupo. Deseo agradecer a quienes lo iniciaron y me invitaron, y pedirles que sostengamos la unión y continuemos los encuentros periódicos. Me admira mucho que todo lo que parecía un impenetrable misterio de quince años, por la voluntad y decisión de una joven que pensaba en ello desde sus seis años de edad, joven que con anterioridad era desconocida de todos los demás, hoy, todos hayamos encontrado un hermano de nuestra niñez... —haciendo una pausa, Bartolo levantó la mano derecha y dijo con fuerte y emocionada voz:

— ¡Voto porque preparemos un encuentro festivo para celebrar el regreso de nuestro queridísimo hermano Pacho Montañez!!

Todos aplaudieron. Cristina secaba sus lágrimas de emoción.

Luis Carlos hizo señas de sentarse y explicó claramente que la fiesta sería una realidad. Por el momento urgía establecer el plan para encontrar el lugar en donde Pacho estaba viviendo actualmente y el plan para, una vez encontrado, traerlo de regreso a su casa, así fuera por un período vacacional, pues todos ignoraban cuáles eran sus circunstancias reales en donde fuera que él actualmente vivía y trabajaba.

Eliécer se ofreció a averiguar, a través del Servicio Postal de Santa Marta, a quién pertenecía el apartado al cual Francisco pidió a su amigo Gúmer que le enviara el certificado.

Luis Carlos apoyó plenamente y agradeció a Eliécer sus valiosos servicios.

Quedaron todos en que una vez con la respuesta positiva al respecto de ese apartado, o con otras señas seguras o posibles, serían informados por teléfono y convocados a una nueva reunión.

Luis Carlos agradeció a Gúmer en nombre de todos los familiares y amigos de Pacho Montañez, la inestimable voluntad de ayuda y expresión de verdadera y profunda amistad que había manifestado desde esos días de 'colado' en el cuarto grado. Cris le entregó una lista con los nombres y teléfonos de todos los del grupo y añadió para todos el teléfono y dirección de Gúmer en Santa Rosa.

El mismo Gúmer agradeció a todos y los invitó a visitarlo.

— Si no cabemos en mi pequeña casa del pueblo, podemos irnos a dormir todos en cama franca en la vieja finca. Allá acompañaremos a mi padre que acaba de cumplir sus noventa —les dijo abriendo significativamente los brazos.

Todos aplaudieron. Cris sonreía porque no podía imaginar a Luis Carlos durmiendo en cama franca en una casa de campo, en el frío de Santa Rosa, en Boyacá.

Se separaron al fin, con la idea fija de no retirar la atención de nuevos datos y citas.

Gúmer estaba ya durmiendo, cuando Luis Carlos regresó para conversar con Cristina.

Juntos entraron a la sala. Se sentaron en el lugar de siempre. Respiraron aliviados y felices...

— Traigo mi alma completa para dejártela toda al fiado... —dijo Luis Carlos y se aproximó para besarla...

— Y ¿qué traes en tu alma? —preguntó ella

— Mucho, mucho amor... te amo mi diablilla! —respondió el enamorado.

— Yo también te amo. Mucho te amo. Pero no agotemos estas pobres almas.

Dos besos rápidos y, ella dijo:

— Debemos dormir. Nuestras almas necesitan descansar. —Lo miró a los ojos y ...

— ¡Vete ya! —Añadió con dulzura.

y Luis Carlos se puso en pie, abrió los brazos y salió.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Familias grandes y familias pequeñas

Una mirada hacia atrás nos permite ubicar mejor a los personajes de nuestra historia y saber un poco más de problemas, conflictos y sufrimientos derivados en cada época de los elementos del ambiente y de las convicciones más o menos firmes, más o menos tiránicas que presionaban a los participantes.

Miremos brevemente los puntos capitales del desarrollo de las familias que hemos venido conociendo en estas páginas:

La familia Montañez Suárez

Esta es una familia típica de origen campesino trasplantada y crecida —varias generaciones después de sus inicios— en un barrio de clase media de una ciudad colombiana en la primera mitad del siglo veinte.

Un campesino afincado, esto es, dueño de una o dos fincas de tamaño mediano, llegó a la ciudad en los años veinte para ubicarse con su familia cerca de las comodidades que ofrecía la urbe y sobre todo, cerca de escuelas para sus hijos que por el momento eran cuatro, pero que sin duda duplicarían su número en otros tantos años.

El señor Montañez trajo finalmente al mundo, en colaboración con su mujer de apellido Suárez, nueve hijos que vivieron, y tres más que murieron en la cuna. Al mayor lo bautizaron Alirio y al siguiente Diego. Luego llegaron dos niñas seguidas y después otros ocho entre hombres y mujeres de los cuales no pasaron el primer año sino cinco.

El hijo mayor, Alirio, se quedó en el campo con los abuelitos, para que sus hijos les alegraran la vida y para que aprendieran con ellos todas las labores y oficios de los campesinos que eran señores de sus parcelas y de sus jornaleros contratados.

El patriarca de nuestra historia es el segundo hijo de la familia: Diego Montañez Suárez.

Este Diego se casó en su pueblo con Lilia Alvarado y ahí tuvieron su primer hijo a quien bautizaron Francisco. Luego del nacimiento de su hijo, los padres compraron una casa muy buena y amplia en la capital y allá se instaló la familia. Infortunadamente la madre murió cuando Francisco tenía dos años. Fue grande la tristeza del papá y la del niño. Siempre se los veía juntos, caminando cerca de la casa en la ciudad, o en los campos del abuelo, cada vez que Diego lograba el dinerito necesario para irse al pueblo por unos días.

Dos años después, Diego volvió a casarse. Esta vez con una citadina llamada Zoraida Trujillo, quien no puso ninguna objeción al proyecto de vivir en la casa del anterior matrimonio de su marido. En ese momento Francisco tenía cuatro años y Diego lo puso en manos de Zoraida para que ella se convirtiera en la mamá del pequeño.

Otros dos años habían pasado cuando Diego y Zoraida tuvieron una niña a quien llamaron Cristina, nombre muy utilizado para las niñas en esa época, y la madre volcó sobre

ella todo su amor, dejando demasiado poco para el Pachito que nada entendía de las dificultades de una madre sustituta, cuando su mamá lo hizo casi a un lado en cuanto a la repartición de caricias y mimos.

El matrimonio entró en una crisis terrible cuando Francisco, a los trece años, desapareció un día de su hogar. Por ese entonces, el adolescente cursaba Cuarto año de bachillerato en un colegio salesiano de la capital. Su hermanita que lo adoraba y se sentía muy orgullosa de él, tenía seis años. La ausencia del hermano muy amado la afectó tremendamente, como afectó por su lado y de acuerdo con su propia psicología y mentalidad, a Diego, el padre de ambos.

Zoraida no parecía sufrir especialmente por la ausencia del hijastro que, por otra parte era para ella bastante difícil de gobernar. Pero la ansiedad de la niña cada vez que alguien abría la puerta de la casa, hizo que la mamá, quizás dominada por el temor de que la pequeña Cris se saliera a buscar a su hermano y ella misma se perdiera en la calle, mantuviera la puerta con llave y no permitiera nunca, que Cristina saliera sin ella. Casi no confiaba ni en el papá para permitir que él sacara la niña a dar un paseo.

Cinco años después de la huida de Francisco, su padre Diego murió con el corazón agotado. Su hija que por esos días tenía apenas once años, comprendiendo que su papá iba a morir pronto, le prometió que apenas ella fuera mayor de edad, a los dieciocho, se dedicaría a buscar a su hermano y que él, el papito que se iba para el cielo, desde allá le iba a ayudar a encontrarlo. El papá murió sonriente con esta promesa y seguro de que esa fe tan pura no quedaría desatendida en la morada de los espíritus bondadosos que nos gobiernan.

Zoraida, la madre, sobrevivió seis años a su esposo. Al morir dejó encomendada su hija a Aura, una tía de Zoraida, quien cuidó a su sobrina nieta hasta que Cris cumplió los dieciocho.

Las familias González y Figueroa

Don Joaquín González nació en los primeros años del siglo veinte como heredero de una gran fortuna en tierras y ganados. Esta fortuna había venido creciendo por generaciones sucesivas de González, pues la generosa lotería de los apellidos había proporcionado siempre más de un posible heredero, obviamente del género masculino que era el que transmitía el apellido.

El propio don Joaquín había sido el mayor de tres hombres y por consiguiente los hijos de esos González contaban con más de un posible reemplazo para conservar el apellido.

Pero Don Joaquín solamente tuvo una hija: Josefina González. El viejo no se desanimó sino que siempre estuvo al lado de su hija para despertar en ella el amor a las faenas y emprendimientos a gran escala, de agriculturas y ganaderías.

Josefina desde su juventud fue asediada por numerosos pretendientes que sabían de campo y deseaban ayudarle a continuar con la preservación de las labores tradicionales de los González.

Sucedió que Josefina, muy a pesar de su padre, se encaprichó con Pedro Figueroa, un empresario muy amigo de don Joaquín, aunque menos hábil en materias agrícolas que lo que el propio Pedro pensaba de sí mismo. El cariño del padre y la no existencia de un aspirante a su mano con las características más deseadas, llevó a don Joaquín a aceptar el matrimonio.

De esa unión nació un único hijo: Luis Carlos Figueroa González, a quien se asignó desde su cuna, el futuro de la gran empresa familiar. Era el único nieto de Don Joaquín González. Pero había varios primos de Josefina, sobrinos de don Joaquín, que eran González y cada uno de ellos pensaba en la probabilidad de llegar a ser —él mismo o alguno de sus hijos varones— 'el propio', el que se quedara con el Premio Mayor.

A esto se unía que Luis Carlos, el nieto, no quería ser finquero ni heredar a su abuelo, aunque esto pareciera una herejía mayúscula.

Luis Carlos era académico de corazón. Quiso estudiar en la Universidad y llegó a ser Ingeniero Civil con sobresalientes resultados. Pero la madre no tomaba esos logros en cuenta, porque ella esperaba que su hijo sería el gran heredero de los González, en contra de las continuas negativas y de los esfuerzos de Luis Carlos para convencerla de que no haría bien ese trabajo, simplemente porque no le gustaba ni un poco.

Sucedió que Don Joaquín enfermó a los noventa años y, a esa edad una enfermedad del corazón es simplemente un anuncio de la proximidad de la Señora Muerte.

Una noche, después de que el médico salió de la habitación del enfermo, su nieto, Luis Carlos que se encontraba escondido detrás de una cortina, se acercó a la cama del abuelo...

— Abuelo... abuelo..., dijo Luis Carlos en voz muy baja.

El abuelo que escuchaba perfectamente, sonrió y dijo:

— Sí, Luis Carlos, yo sabía que estabas escondido detrás de la cortina. Acércate y cuéntame qué te sucede?

— Pues abuelo, que yo no puedo ser su heredero porque no me gusta el trabajo del campo. Yo lo siento mucho, pero creo que si me toca hacerlo, aunque haga lo que pueda, voy a terminar como mi padre... por favor, no me hagas tu heredero...

— No te preocupes. Yo ya lo había notado, a pesar de que tu mamá trataba de convencerme que te estabas preparando... y claro que no te dejaré esa carga. Puedes estar tranquilo...

—Hizo una pausa y añadió:

— No hablemos de esto con nadie. Que sea nuestro secreto. Y no te preocupes por el futuro de tu madre. Ya compré para ella una casa linda y lejos de estos lados, para que viva feliz y tranquila su vejez. Tú puedes vivir con ella, si así lo deciden ambos o vivir tu propia vida según tu inteligencia y tus deseos. No creas que me preocupo por tu futuro. Ojalá toda la parentela fuera así de inteligente como tú eres. —Se interrumpió y lo tiró de la manga, antes de decir:

— Ahora, vete, que no te encuentren por aquí. Acércate para darte un beso de despedida. Estoy en paz. Dios te bendiga.

Luis Carlos se acercó al abuelo y aproximó su frente a los labios del anciano para que lo besara. Luego se santiguó y fue a esconderse en la misma cortina, hasta la salida de la enfermera que iba llegando.

La familia Bobadilla Tocarruncho

Anselmo Bobadilla y Maruja Tocarruncho, una pareja de campesinos boyacenses, cristianamente casados y con todas las bendiciones de sus antepasados, eran los representantes en Santa Rosa, a comienzo del siglo veinte, de una larga

descendencia de algún español de apellido Bobadilla, llegado a la región en uno de tantos viajes desde la madre patria.

Siempre agricultores, los Bobadilla habían ampliado sus posesiones hasta una extensión de casi cien hectáreas, cultivando siempre maíz, papa y fríjol como principales productos, pero alternando con verduras para no agotar la tierra.

Los padres de Anselmo fueron los primeros Bobadilla que se preocuparon porque sus hijos fueran 'letrados', lo cual, para ellos significaba simplemente, que conocieran las letras del alfabeto y pudieran leer lo que decían los periódicos, y claro, también que supieran hacer cuentas, usando al menos hasta la multiplicación.

Anselmo era el mayor de los hijos y fue el que se quedó con la obligación de trabajar el campo de la familia, cuando sus hermanos menores decidieron irse a buscar otros horizontes. Él pudo casar a sus hijas y llegó incluso a enviar a su hijo Gúmer, el único hijo varón y menor de todos, a estudiar en Bogotá en un colegio de curas.

Para las labores del campo, Anselmo contrataba jornaleros y así, la tierra respondía para sostenerse todos: el matrimonio y los matrimonios e hijos de sus hijas, cuyos maridos las habían conquistado siendo jornaleros y así continuaban junto con los otros jornaleros y sus familias y el hijo, que era el que le salía más costoso, estudiando en Bogotá, para que llegara a ser 'doctor' algún día.

Pero de pronto fueron muchas las bocas para alimentar, y muchos los jornales a pagar, de modo que el ingreso por la venta de las cosechas comenzó a ser insuficiente. Entonces el padre acudió a su hijo. Era necesario ahorrar el costo de

mantenerlo en Bogotá, así que, aunque no llegara a doctor, tocaba que regresara a trabajar el campo. Gúmer aceptó sin dificultad ese giro en su vida y volvió para ser el campesino que le correspondía ser, con una capa muy delgada de mejor conocimiento del mundo y de la ciencia, capa cultural obtenida milagrosamente por Gúmer, después de dos años incompletos de pasearse por el colegio salesiano, buscando con quién hablar de sus propios temas rústicos y disparatados.

Fue suficiente alivio para don Anselmo haber contado por casi cinco años, con el ahorro y el trabajo en las labranzas que proporcionó Gúmer, su 'doctor frustrado', hasta que se lo llevaron para prestar el Servicio Militar Obligatorio de dos años, como correspondía a los simples campesinos.

Explicaciones necesarias

El domingo siguiente, segundo día después de la visita de Gúmer, Cristina, ya recuperada de las intensas emociones del viernes, estaba en su casa terminando los apuntes de tan decisiva reunión y pensando en cuál sería el paso que más convendría dar a continuación.

A eso de las tres y media de la tarde, sonó el teléfono. Era Eliécer Pinto para decir a Cristina que estaba con Luis Carlos y que ellos dos querían debatir con ella acerca del momento presente y de posibles planes para el futuro inmediato.

— Pues, si no están demasiado lejos, por qué no vienen y conversamos?... yo estoy como en suspenso.

Cristina escuchó que ellos comentaron algo y, enseguida Eliécer dijo:

— Vamos en mi carro. En unos veinte minutos te llegamos.

Con este anuncio, en cuanto colgó el teléfono, Cristina empezó por mejorar un poco su vestimenta y su pelo, ordenar la cocina, cargar la cafetera y, al revisar su provisión de panecillos, tomó las llaves y salió a comprar algunos.

— ¡Dios!, ¡ilumínanos sobre lo mejor! —Pidió en voz alta y continuó mejorando el orden y limpiando un poco de polvo y residuos que pudo distinguir sobre la mesa y en el estudio.

Escuchó el carro que frenaba e inmediatamente abrió la puerta y salió al pasillo.

— ¡Eliécer! ¡qué gusto!, ¡sigue! —mientras Eliécer entraba, Luis Carlos la abrazó fuertemente, ella correspondió con igual fuerza al abrazo y dijo en el mismo tono que había utilizado con el otro visitante.

—¡Hola Luis Carlos, me da mucho gusto verte!, ¡sigue, por favor!

Los tres entraron a la cocina y los dos recién llegados, naturalmente, como si fuera la casa de la mamá, se sentaron a la pequeña mesa, sobre la cual estaba la bolsa con los panecillos recién comprados. Cristina miró a sus amigos y, sonriente, se acercó a la estufa y encendió el fogón del café. Volvió junto a la mesa para preguntar:

— ¿En dónde quieren que nos sentemos?

— Aquí está muy bien, dijo Eliécer. Además el café quedará más cerca...

Todos rieron porque no era ningún secreto la adicción de Eliécer por el café, el tinto colombiano recién preparado.

— Tengo algunas dudas sobre lo dicho por nuestro amigo Gúmer... —comenzó Luis Carlos.

Eliécer sonrió ampliamente y esperó. Cristina preguntó:

— ¿Cuáles dudas?

— Primera. ¿Por qué le tocó prestar el Servicio Militar Obligatorio por dos años? —Eliécer le respondió:

— Porque esa es la Ley para los no bachilleres, y es lo más común para los campesinos... —supuestamente es una forma de promover el estudio del Bachillerato en los medios populares en donde los jóvenes prefieren ganar un salario malo sin contrato, que estudiar los seis años para tener el título. Eso va cambiando lentamente. Ahora se habla de ayudarles a adelantar ese estudio dentro del tiempo del Servicio, pero no está todavía reglamentado.

— Ah!, entonces el patrón de Francisco le ayudó mucho dejándolo terminar el Bachillerato, aunque el colegio le pareciera malo, antes de que se presentara para el Servicio Militar...—comentó Luis Carlos.

— Sí, hay que agradecerlo, añadió Cristina.

— La segunda pregunta es ¿qué quiso decir Gúmer cuando nos invitó a la casa de su padre a dormir en 'cama franca'?

Eliécer y Cristina soltaron la carcajada al mismo tiempo y Luis Carlos los miró y añadió, mirando directamente a Cris:

— Yo sí te vi como aguantando la risa, pero luego pensé que me había equivocado y solo sonreías...

— Es que no pude sino imaginar cómo sería que tú participaras en una cama franca, en una casa campesina vieja, requete vieja y en ese frío de Santa Rosa...

— Estoy atento a la definición de 'cama franca', —afirmó Luis Carlos ahora realmente intrigado.

Eliécer hizo a Cris una seña para que ella contestara.

Pues en mi casa, dada la pequeña familia que fuimos y los pocos parientes que nos visitaban, nunca tuvimos una cama franca para nadie, pero en la casa de mi padre, él contaba de las muchas veces que todos ellos dormían en cama franca porque no alcanzaban las camas cuando iban primos y tíos a visitarlos. La cosa es que cuando no hay camas suficientes, se bajan los colchones al piso y se ponen uno a continuación del otro. Eso se hace en dos cuartos, uno destinado a los hombres y el otro, a las mujeres. Luego se tiran encima las cobijas y almohadas disponibles y los clientes se acomodan uno al lado del otro para dormir. Ésa es la cama franca. A veces quedan apretados porque por ejemplo solo hay dos colchones y son cinco, o no tanto si solamente son tres o cuatro... y las cobijas se comparten equitativamente, y el frío se disminuye con el calor de todos...

A esta explicación, Eliécer agregó:

— Pero si la situación es en casa de campesinos a la antigua, en lugar de colchones, lo que va contra el suelo son las esteras de junco, que ésas hacen las veces de colchones en las camas y, contra el suelo, las esteras sí disminuyen el frío pero no la dureza del piso si es de cemento, ni borran las irregularidades si es de tierra... Además del olor concentrado de esos cuartos de adobe, prácticamente sin ventanas... etc, etc...

Cristina terminó, muy sonriente, mirando a Luis Carlos:

— Yo solo podía reírme al imaginarte a ti en semejante trance...

— Bueno, pues les agradezco esta ampliación de mi vocabulario. Así procuraré declinar una invitación tal, —dijo Luis Carlos, riendo abiertamente.

— Pues ahora, volvamos a nuestro asunto, —habló Eliécer.

Cristina esperó a que ellos expusieran sus pensamientos. Luis Carlos procedió:

— Nosotros hemos acordado lo siguiente: A primera hora, mañana lunes, Eliécer tratará de comunicarse con la Oficina Postal en Santa Marta para averiguar sobre el propietario del apartado postal que aparece en la carta de Francisco. —Hizo una pausa para continuar:

— De esa respuesta entraremos a elegir el camino inmediato: Si ésa es la dirección postal personal de él, Eliécer pedirá como abogado de la hermana, las señas de la dirección física y real, y el teléfono de Francisco Montañez... Sobre lo siguiente por hacer, mejor esperemos a llegar hasta ahí.

Cristina contestó:

— Perfecto. Entonces, si quieren podemos hacer esas llamadas desde aquí, o si es mejor, nos reunimos en tu oficina, Eliécer, y las hacemos de tu teléfono. Como les parezca mejor.

— Creo que mi oficina es preferible para que el asunto se convierta en un proceso correctamente establecido.

Los gestos y actitud de los otros dos fueron de total acuerdo. Eliécer lo concretó:

— Entonces a las ocho en punto tendrá mi secretaria listo el número telefónico de la Oficina Postal de Santa Marta, para hacer la primera llamada. Los espero.

—Yo vengo por ti a las siete y media. —Dijo Luis Carlos a Cris.

— Ok, perfecto. Tendré lista la carta de mi hermano a Gúmer, por si acaso... —Expresó Cristina.

Con esto quedó instaurado el proyecto.

A todas estas, el día domingo entraba en su noche, siendo las seis y media. Luis Carlos propuso buscar un lugar cercano, tal vez volver a la fonda del viernes para comer juntos.

— Sin objeción legal alguna, — expresó el abogado. Cristina buscó una bufanda y los tres salieron a pie.

Comunicaciones y sucesos

El lunes, Cris se levantó temprano. Alcanzó a escuchar a Carmela cuando salía. Intencionalmente, para no aumentar las cargas de su querida ayudante ni acostumbrar mal a los miembros del equipo, no le había dicho nada de que ella iba a tener un día irregular. Mientras esperaba a Luis Carlos, pensó en que sería muy oportuno comprar un contestador para el teléfono y lo anotó en la libreta cercana. Así podrían acumularse algunas razones o recados en días especiales sin sacrificar a Carmela.

Luis Carlos llegó a las siete pasadas. Quiso entrar por el café que Cristina le ofreció.

Una vez adentro, él la abrazó y le dijo:

— Un besito rápido nos traerá buena suerte, —y lo hizo efectivo, sin esperar respuesta.

— ¡Pillo! ¡No se vale! —dijo Cris y sin demora lo devolvió.

Ambos rieron. Cris sirvió el café. Lo tomaron mirándose a cada sorbo... al final dejaron las tazas y salieron.

Cuando llegaron a la oficina de Eliécer, él estaba explicando a su secretaria el asunto. Inmediatamente después, apenas ella empezó a buscar en el directorio, Eliécer los saludó muy cordialmente y los invitó a su despacho, dejando la puerta entreabierta como una señal para Dorita, de que podía pasar en cuanto tuviera algo para ellos.

Una media hora más tarde llegó Dorita con las siguientes respuestas:

El apartado postal estaba efectivamente, a nombre de Francisco Montañez. Como dirección indicaba Hacienda Serranías y daba un teléfono. Además, Dorita había pedido le dictaran todas las anotaciones que hubiera acerca de ese apartado.

Solamente había ocurrido un cambio para introducir el número de la cédula de Francisco Montañez y la libreta militar un año después.

Con esos datos, dado que no era posible avanzar más de momento, Eliécer dijo que podrían llamar a la hacienda para preguntar si Francisco tenía alguna relación vigente con ellos. Y, sin más con la venia de Cris, indicó a Dorita que intentara comunicarlo con la Hacienda Serranías.

En la hacienda, una secretaria dijo que Don Francisco se había ido para Cuba hacía seis meses y que debía estar a pocos días de volver porque su plan era permanecer en la isla ese tiempo. Que por el momento, lo único que ella les podía facilitar era la dirección en Cuba a donde contestó el dueño de Serranías una

carta que Don Francisco le había mandado como mes y medio antes.

Eliécer recibió la dirección y se la turnó a Cris. Luego Luis Carlos miró su reloj y dijo:

— Pues, de momento, creo que mejor voy a la Universidad para llegar a mi clase de las diez.

Cris hizo cara de que ella también deseaba lo mismo y Eliécer, con un amplio gesto les dio igualmente, amplia libertad.

Se despidieron, muy decididos a continuar al paso que fuera siendo posible. Cris guardó con cuidado la copia de todos los datos obtenidos por Dorita. Con esto, después de agradecer toda la ayuda, los universitarios salieron del despacho del abogado Pinto.

— ¡Qué gran invento es el teléfono... te imaginas para conseguir todos estos datos a punta de cartas que van y vienen? —dijo Cris.

— Ya llevamos tiempo de ese invento. Ahora se nos vienen grandes novedades... —expresó enigmáticamente Luis Carlos.

Juntos siguieron en silencio. Un poco adelante, Luis Carlos extendió su mano derecha para tomar la izquierda de Cris y hacerle una suave caricia. Pronto devolvió a su timón la mano inquieta, sin haber movido sus ojos del camino. Cris devolvió la caricia, sin que el chofer pareciera inmutarse.

Esa tarde en la Universidad y cada uno por su lado, ambos trataron de remediar los vacíos académicos que quedaron al descubierto el viernes. Todo volvía a la normalidad, con la inclinación completamente aceptada e impulsada, hacia el cambio de carrera de Cris.

Al regresar a su casa, Cristina decidió llamar ella, directamente a la hacienda Serranías para preguntar por su hermano. Eran las siete de la noche.

— Aló?, —respondió una voz infantil.

— Aló, ¿quién habla? —preguntó Cris.

— Yo soy Sofi —dijo la niña

— Y yo soy Cris y, dime, Sofi ¿quién está contigo, —dijo Cris

— Mi abuelita. Ya viene, —dijo Sofi y dejó el teléfono. Cris la oyó decir:

— Abue, es Cris y quiere hablar contigo... —entonces escuchó mucho más cerca la voz de una abuela:

— Aló, Cris. Eres amiga de Sofi?

— Pues acabamos de hacernos amigas —dijo Cris, para añadir en seguida:

— Buenas noches, señora. Me llamo Cristina Montañez y llamo desde Bogotá para preguntar algo que puede parecer extraño a usted.

— No se preocupe, dígame no más, que si es una razón para el dueño y Administrador de la hacienda, que es mi hijo, yo se la paso con mucho gusto.

— Muchas gracias señora. El asunto es que tengo un único hermano llamado Francisco Montañez, quien es seis años mayor que yo. Él desapareció de nuestra casa hace casi quince años. Mis padres ya murieron y yo, desde que cumplí los dieciocho, me he dedicado a buscarlo. Mis pesquisas llegaron esta mañana a la Hacienda Serranías y a ese teléfono y, no se imagina con cuánta emoción y temblor estoy hablando con usted ahora...

— Y cuántos años tienes tú ahora, Cristina, —preguntó muy amablemente la señora.

— Yo tengo veinte. Luego Francisco debe tener veintiséis o veintisiete, porque no sé nada de su fecha de nacimiento.

— Bueno, pues sí es verdad que él es un antiguo empleado de esta Hacienda —la señora hizo una pausa, antes de continuar:

— Infortunadamente en estos días, Francisco no está aquí, pero confiamos en que pronto va a regresar. Él fue a Cuba para asistir a unos cursos cortos sobre nuevas técnicas de cultivos en el trópico y esos cursos acaban de terminar. Luego es solo cuestión de un máximo de diez a quince días lo que tardará en estar de nuevo por estas tierras. Si usted prefiere, cuando él llegue yo la llamo antes de contarle a él, para que tenga la sorpresa de escucharla directamente a usted. ¿Le parece?

— Gracias mil, usted me da la mayor alegría de mi vida entera. En cuanto a qué decirle a él, tome usted la decisión. Si llega en la noche y usted no se atreve a llamarme, cuénteles. Estoy segura de que él me llamará, cualquiera sea la hora. Si tiene a mano algo para tomar el dato, mi teléfono, es... —Un momento, interrumpió la señora y llamó a Sofi para que le prestara un lápiz y su cuaderno.

Después de dictado el teléfono, Cris dijo:

— De todos modos, es el mismo número de siempre, solo con el dos al comienzo, porque yo sigo en la misma casa, que ahora nos pertenece a los dos... y ahora, de nuevo mil gracias. Que Dios la bendiga a usted y a toda su familia. Y gracias por haber cuidado de mi hermano. Sí, sin duda, Dios la bendecirá ...

— Mi nombre es Teresa viuda de Cabal, madre de Antonio Cabal, el dueño de Serranías. Y a sus órdenes, querida Cristina. Cuente usted conmigo —dijo la señora.

Cristina envió abrazos a Sofi, volvió a decir gracias y colgó. Se sentía feliz y agotada. Quiso ver a Luis Carlos, pero no podía ni siquiera llamarlo. Además con la gravedad del abuelo González... sería muy imprudente hacerlo. No había otro remedio que esperar.

Y eso fue lo que hizo Cristina los días siguientes. Esperar. Decidió no decir nada a Eliécer respecto de su conversación con la señora Cabal. Al fin, ésa había sido una llamada absolutamente privada.

El martes Luis Carlos no fue a la Universidad ni llamó a la casa de Cris. Ella supuso que el anciano estaría en el trance final, si no se hubiera dado ya y que, seguramente personas de la universidad asistirían al sepelio.

En la mañana del miércoles encendió la radio para escuchar las noticias y rápidamente se enteró. El millonario de noventa y tres años de edad, Joaquín González, había muerto el día martes a las siete y quince de la noche. La familia invitaba a la velación y exequias... y daba las direcciones respectivas. Entonces Cris llamó a Eliécer para comentar el asunto y pedirle su compañía para asistir un momento a la Sala de Velación, tal vez al mediodía... porque al entierro ella iría con algún grupo de alumnos, según le habían comunicado desde la tarde anterior, cuando era evidente la proximidad del final del abuelo de Luis Carlos.

Eliécer había escuchado la noticia y agradeció la intervención de Cris para poder acercarse acompañado, a la sala que estaría

llena con individuos pertenecientes a la clase más encumbada del país. Acordó pasar por ella a las doce del día.

Después de saludar y ofrecer condolencias a Doña Josefina y a su hijo, Cris y Eliécer permanecieron de pie hacia un lado. Diez minutos después, cuando se avivó el flujo y reflujo de congregados que buscaban llegar hasta los dolientes, ellos se retiraron.

Cris regresó a la Universidad para buscar a quienes liderarían el grupo de representación en la iglesia y ponerse de acuerdo con ellos. Se trataba de salir a las tres de la tarde para estar en la iglesia a las tres y media, con tiempo de lograr un buen sitio para la Misa que empezaría a las cuatro.

De todo, Cristina pudo ver el dolor de doña Josefina y las ropas elegantes y acordes con la ocasión, tanto de ella como de sus tías y primos y primas... toda 'la gonzalera', como los había nombrado Luis Carlos un par de veces, estando en presencia de Cris y Eliécer solamente.

A la salida de la iglesia, los organizadores de la funeraria acomodaron a las alumnas del profesor en dos filas hacia el centro de la nave principal. Desde su puesto, Cris supo que ella vería pasar en primer lugar, detrás del féretro, a Luis Carlos y su madre. Llegado el momento, él miró hacia el grupo de la universidad y ella, intencionalmente, miró para otro lado, para que él la ubicara sin delatarse. Cuando Luis Carlos estuvo frente a ella, su vista parecía perdida en el horizonte. Él continuó, dejando que esa mirada un poco encubierta, siguiera la dirección de los ojos de Cris. En un instante se encontraron sus miradas. Enseguida él acabó de cerrar los ojos y ella miró a su compañera del lado que sonreía tontamente. Los dos se habían saludado.

Terminada la procesión, el carro fúnebre encabezó el desfile hacia el cementerio, seguido por los carros de los dolientes. Todos los demás se dispersaron hacia sus propios destinos.

Cristina se fue directamente a su casa. Se preguntaba: ¿Qué pasará ahora con Luis Carlos, su mamá y... el testamento del abuelo y ... la gonzalera...? Pronto se dijo: "Eso, mejor dejarlo que siga su camino"... , ya tendría ella oportunidad de enterarse y tomar parte. Sobre todo, ya llegaría el momento de contarle a Luis Carlos del pronto regreso de Francisco a Santa Marta.

Órdenes del abuelo

Eran las nueve de la noche. Carmela dormía profundamente en su propia cama, que ella había recuperado el mismo día sábado después del viaje de Gúmer. Cristina estaba sentada en la sala, tratando de revisar el escrito sobre el trabajo del grupo. Entonces sonó el teléfono:

— Cris, soy yo. ¿Me das posada en tu casa? —era Luis Carlos y hablaba en voz baja.

— Pero ¡claro que sí, amor! Ven cuanto antes.

— Ya estoy aquí. En el teléfono público de tu esquina. Espérame acerco el carro y lo cierro bien.

Cristina salió corriendo a abrir. Luis Carlos, una vez estacionó y bajó del carro, dejó en el suelo una mochila que traía y varios libros y papeles sueltos. Entró y abrió los brazos para rodearla contra su pecho.

— Amor, amor, ¡qué felicidad, mi amor! —dijo Luis Carlos y lo repitió varias veces.

Cristina se dejó abrazar mientras las lágrimas salían a chorro de sus ojos.

— ¿Sabes? Mi abuelo debe estar riéndose por allá en donde se encuentre. Él sabía que yo estaba enamorado y me dijo que en cuanto acompañara a mi madre a su casa, viniera a amarte a ti...

— Y ¿a dónde llevaste a tu madre? —preguntó Cris.

— A su nueva casa. Él la había comprado desde hace como un año, para que ella se instalara ahí, apenas él saliera de la mansión.

— Y, ¿con quién se quedó ella? —volvió a preguntar Cristina

— Con Eva, su mucama de los últimos cinco años. Ambas se quieren mucho, desde sus respectivos lugares, Mi madre confía en Eva más que en su propio hijo. —Luis Carlos se rió al decir esto. Enseguida agregó:

— Pero ahora, déjame amarte aunque sea un poquito. Recuerda que ésas fueron las últimas órdenes de mi abuelo para mí...

Entonces se abrazaron dulcemente.

— ¿Tienes hambre? —preguntó Cris.

— Mas bien, sed. Me gustaría un té... si lo tienes..., o si no, agua un poco tibia, es por la garganta y el humo de todo el día...

Ambos se pararon y después de encontrar el té y poner el agua a calentar, acariciaron sus caras, sus cabezas, dibujaron y besaron sus ojos y sus labios. Se abrazaban dulce y

fuertemente y luego intentaban bailar tarareando una tonada sencilla... finalmente se reían...

Estuvo el té y prepararon toda la tetera.

— Dime qué quieres hacer? —preguntó Cris.

— Quiero amarte. Eso quiero. Pero no si tú no quieres o si prefieres esperar...

— Esperar... ¿a qué?. Es a ti a quien quiero amar y si ya estás listo, yo también... —contestó la amada.

Luis Carlos se inclinó para besarla de nuevo. Luego se enderezó con ese gesto tan suyo de levantar los brazos... Enseguida los bajó y, sin más la levantó y empezó a subir las escaleras con ella en brazos. Así llegó a la alcoba, entró y con infinita suavidad la puso sobre la cama.

— Un beso... dos ... tres... ¡espérame un instante! ya vengo, —diciendo esto Luis Carlos bajó corriendo y subió enseguida con la tetera y dos vasos.

Cris lo miró y sonrió al ver el motivo de la interrupción.

— Es por si la sed... —dijo el hombre y puso la jarra sobre la mesita de noche.

Volvió a besarla con esos besos mínimos. Mientras los contaba iba abriendo la blusa. Ella solamente lo miraba hacer divertida y llena de ternura. Se sintió tranquila y feliz. Su amor no era un loco apasionado que atacara con desesperación. Era un amante de corte casi infantil, tremendamente dulce y cuidadoso. Entonces ella estiró su mano para tocar la cabeza de él y tirarla hacia sí...

— Amor, ven aquí, a mi lado, —le dijo

Luis Carlos se sacó los zapatos, empujando uno a otro con el pie contrario. Entonces soltó el broche del pantalón y lo dejó caer al suelo. Luego así, en camiseta e interiores se recostó al lado de Cris. Ese abrazo fue largo y los besos también...

.....

Cuando despertó con el ruido de los pasos de Carmela que de madrugada abría la puerta de abajo para salir, Cristina no recordaba sino la sonrisa de Luis Carlos. Esa sonrisa seguía en los labios de su amor, mientras él continuaba a su lado, profundamente dormido.

Las cosas que importan

Luis Carlos tenía una semana libre por la muerte del padre, pues así determinaba el reglamento, y considerando que las funciones de padre en este caso, habían sido ejercidas desde la infancia del profesor por el abuelo, el Consejo Directivo concedió la licencia correspondiente. Esto se lo contó la secretaria del Rector cuando Cristina llamó para preguntar si el profesor Figueroa había llegado ya.

— Tú, Luis Carlos Figueroa, tienes una semana libre pero Cristina Montañez, no. Así que descansa. Yo iré a mi clase de las nueve y, apenas termine y me hayan visto las chismosas que tampoco tienen el día libre, entonces vendré a hacerte un rico almuerzo.

Eso dijo Cris a Luis Carlos, más dormido que despierto, y añadió:

— Lo mejor que podríamos hacer es guardar tu carro en el garaje. Así puedes roncar todo el tiempo, hasta que yo vuelva. Para eso toca que te levantes un momento no más.

— ¿Es que tienes un garaje?, —dijo el medio dormido novio.

— ¡Claro que lo tengo!. Soy una propietaria seria que debería poseer carro pero que aún no posee ninguno..., pero sí tengo garaje. ¡Vamos a abrirlo!

Luis Carlos se paró, se metió el pantalón y los zapatos sin las medias, buscó las llaves del carro en el maletín y caminó detrás de Cristina que daba la vuelta por detrás de la cocina para llegar al garaje desde adentro de la casa. Entraron, encendieron la luz y abrieron la puerta con la llave que colgaba en una percha hacia la esquina.

Luis Carlos fue por su carro, lo encendió y esperó los minutos reglamentarios para no forzar el motor. Finalmente entró y parqueó a la derecha, con precisión y estilo.

Cris le explicó que las llaves que habían tomado de la percha debían volver siempre ahí, pero que la copia para el chofer existía y ya la encontrarían después, para que él la cargara consigo.

Esto hecho, Cris desconectó el teléfono y salió corriendo para la U, y Luis Carlos, contrariado de que ella no le hubiera permitido llevarla, se encerró a dormir y lo logró, después de haber reflexionado y reconocido que lo otro sería motivo de tremendo escándalo: ¿cómo explicar que, al día siguiente de la muerte de su padre, el profesor anduviera cortejando a una alumna?... pensó en su abuelo sonriente y pícaro instándole a que, sin tardar mucho, hiciera el amor a su amada... y volvió a dormirse con la conciencia en paz.

Antes del mediodía regresó Cristina, comenzó por conectar el teléfono, y pasó a la alcoba para levantar al perezoso.

— ¡Ah!, ¡Buenos días, dormilón!, —saludó desde la puerta al verlo en pie y vestido.

— ¡Buenos días mi princesa!, —contestó el galán y se volvió sonriente. Cristina tomó nota de que el galán se había bañado y afeitado y de que usaba una camiseta diferente de la del día y la noche anterior, aunque el pantalón y la camisa siguieran los mismos.

— ¿Comiste algo?, preguntó Cris.

— Pues... No... Pero me tomé todo el té que quedaba, —dijo Luis Carlos señalando la jarra vacía.

— ¡Eso es terrible!, —exclamó teatralmente Cristina. Me debes una jarra de té, y voy a anotarlo. Concluyó mientras le dirigía una mirada ceñuda acorde con la situación.

Luis Carlos no hizo sino reír y acercarse a ella para besarla sin ningún recato.

— Mejor bajemos a la cocina. Carmela debe estar a punto de llegar y prefiero que se entere porque yo se lo diga, a que se encuentre frente a una situación inesperada y también un poco escandalosa...

Así que cuando Carmela llegó, los encontró tomando café, muy tranquilos.

— Y hoy jueves, ¿tienen reunión del grupo? —preguntó Carmela mientras les ofrecía más café.

— No. Hazme el favor de contestar siempre el teléfono y si es para preguntar por la reunión, dices que por hoy, dado el duelo del profesor Luis Carlos, no nos reuniremos y, que les

informaremos sobre el día de la próxima, —después de reflexionar un momento, Cris dijo, mirando a Luis Carlos interrogativamente...

— Ah, Carmela, salvo que llame Eliécer Pinto. En ese caso le dices que me vas a pasar a mí al teléfono. —Luis Carlos afirmó con la cabeza y sonrió.

En ese momento, Cris decidió apresurarse a poner a Luis Carlos al día de las noticias sobre Pacho, advirtiéndole que Eliécer no sabía nada de los avances que ella había hecho.

— ¡Mmm! ¿Entonces estamos en riesgo de que Pacho se venga directo para acá?... —expresó Luis Carlos sonriente y admirado.

— Por lo menos estamos a tiro de una llamada. Pensando en eso fue que desconecté esta mañana el teléfono, antes de salir... mejor que sepas que es posible y contestes como el viejo amigo que eres, del chico extraviado.

Y, Cris pasó a comentarle a Carmela que podía entrar una llamada de su hermano Francisco. Que en ese caso no dudara en pasarla a ella.

Enseguida hablaron de comer algo. Carmela les ofreció huevos con jamón y papas con ensalada de pepino y tomate.

— Que sea para los tres, dijo Cris. —enseguida añadió:

— Mientras está el almuerzo, Luis Carlos y yo subimos a planear cómo arreglaremos el cuarto de mi hermano, pues es mejor tenerlo listo a que nos tome por sorpresa. —dijo Cristina y salió seguida por Luis Carlos.

En el segundo piso, ella fue hablándole del uso de los cuartos cuando eran cuatro en la familia:

Su alcoba actual había sido la de sus padres. La alcoba contigua, la de ella. A continuación sobre el pasillo, había un baño y después otros dos cuartos: el de Francisco y el que se llamaba "de huéspedes", pero que ella no lo vio nunca habitado por ningún huésped. Al punto de que ella no conoció el significado de esa palabra hasta el tiempo de la Secundaria, cuando utilizaba el 'Diccionario escolar de la Lengua Española', que era un libro obligatorio y que le enseñó muchas palabras que ella conocía de oídas pero sin entenderlas.

— Y tú qué piensas? —preguntó Luis Carlos.

— Creo que quiero seguir en donde estoy... Sobre todo si Francisco llega con una compañera, prefiero que él sea el dueño de las dos últimas alcobas. —Cris hizo una pausa para repensar lo que acababa de decir. Luego continuó:

— En tal caso, tú y yo estaremos en el lugar de 'los padres' de esta familia tan simpática, que seguirá teniendo para nosotros, los hermanos Montañez, la distribución de toda la vida. El que era mi cuarto, pasará a ser tu área de trabajo y posible cuarto para tu mami, cuando ella quiera visitarnos.

— Eres realmente una mente lógica y matemática. Esa distribución me parece perfecta. Qué tal si esta tarde, en lugar de la reunión de grupo, tú y yo hacemos una lista de los muebles que necesitamos para vestir esos cuartos, —dijo Luis Carlos

En ese momento Carmela apareció para informarles que el almuerzo estaba servido.

Almorzaron todos tres en la mesita de la cocina. Al respecto Cris dijo:

— Cuando mi hermano esté aquí, usaremos el estudio como comedor, sin modificar su condición de biblioteca.. Para nosotros solos, este comedor es suficiente.

Luego Cristina suspiró. — Mejor subamos de una vez, —dijo con un tono neutro, como si le fuera indiferente lo que iban a decidir. Los dos subieron y se sentaron en el borde de la cama.

— Te veo como si la cosa no te importara... —observó Luis Carlos

— Es que en el fondo no me importa prácticamente nada. Una vez superada la ansiedad por la suerte de mi hermano, sabiendo que nada malo le sucedió realmente, desde ese momento, verdaderamente, aparte de tu amor, a mí no me importa nada. —Luis Carlos la miraba con seriedad e interés. Cris tomó una de las manos de su amado, la acarició y comenzó a hablar como si se tratara de confiarle su vida entera.

— Quiero que tú sepas lo que hay en el fondo de mi pecho y de mi cabeza en relación con esta casa y con quienes una vez habitamos en ella:

Amé mucho a mi padre y a mi hermano y acepté los consentimientos de mi madre, doliéndome a la vez su poco, prácticamente inexistente amor o ternura por mi hermano mayor. Yo, en mi ser infantil, me sentí la encargada de darle ese amor que nuestra mamá no le daba. Yo lo adoraba, todas las noches pedía a mi Ángel por él y le decía muchas veces: ¡cuídalo!, ¡cuídalo!, ¡cuídalo! ... ¡cuida a Pachito, mi hermano, por favor! ¡Angelito, cuídalo! y estaba segura de que el angelito lo cuidaría siempre.

Pero un día, mi Pachito adorado desapareció. Entonces, sin entender cómo ni por qué, yo me sentía muy muy triste y

regañaba al Ángel, pero después hice las paces con él y le volví a pedir por 'Francisco', mi hermano. Ya no era un niño, sino alguien grande que se fue por algún camino largo..., dejamos, mi papi y yo de llamarlo Pachito y solo hablábamos de él como 'Francisco'. Y yo volví a rezar y mi papi se enfermó de tristeza. Él buscaba y buscaba, ponía avisos en el periódico pero nadie contestaba,...y mi papi se murió cuando yo tenía trece años. Mi madre redobló la vigilancia sobre mí. Yo no podía salir sola a ninguna parte, ni siquiera ir al colegio, y ya era una niña grande, pero ella estaba obsesionada con que yo me iba a escapar para buscar a mi hermano, porque yo le prometí a mi papi que cuando fuera grande, yo misma buscaría a Francisco...

Y mi madre también se enfermó y murió cuando yo acababa de cumplir dieciséis. Pero nos habíamos cambiado a una casa pequeña que era de la tía de mi mami que se llamaba Aura y estaba soltera. Mi mami me dejó con ella y le había regalado esa casa con la condición de que me cuidara hasta que yo cumpliera dieciocho. Y así, yo continué encerrada, aunque entré a la Universidad, pero en dos años solo logré aprobar dos semestres porque nunca pude ir a estudiar con nadie... y me sentía como loca porque me urgía cumplir la promesa que hice a mi papi, y me daba miedo morirme antes de encontrar a Francisco.

Cuando cumplí los dieciocho, mi tía me llevó al banco y allá me presentó con el señor que sabía de mis propiedades, y casi ese mismo día me vine a vivir a esta casa... y quise volver a la Universidad y fue cuando vi tu nombre entre la lista de mis profesores, y me acordé de que Francisco, cuando era mi Pachito, te nombraba y entonces... tú sabes todo lo demás...

Pero el viernes de la semana pasada, con la visita de Gúmer y el lunes de esta semana con las diligencias y llamadas de ese día, cuando tuve la certeza de que Pacho no solamente vivía, sino que había estado bien todos esos larguísimos años y —en ese lapso de tres días—, todos los sentimientos que me paralizaron por quince años, desaparecieron simplemente. Como si no hubieran existido jamás. Solamente me quedó la certeza profunda de que tú me amabas... y de que yo podía y debía vivir por eso, exactamente por eso, ... porque tú me amabas.

Murió tu abuelo, llamé a Eliécer para que me acompañara a la Velación, volví a la Universidad para salir con el grupo representativo, te miré, vi sufrimiento en el rostro de tu madre y supe que tú me seguías amando. Regresé y pensaba en ir a la cama, cuando llamaste...

Por todo esto te puedo asegurar que en cuanto a esta casa, no tengo ninguna predilección. Ahora podemos venderla, Francisco y yo, y a continuación, tú y yo podemos volar hacia algún espacio que nos sea más fresco. No creo que sea beneficiosa ni siquiera posible, una convivencia de dos parejas a largo plazo...

Hoy estoy muy lista a seguir tus planes... claro que en cada momento trataré de pensar con Lógica y apuntar hacia buenos resultados en los negocios. Si Pacho es igualmente indiferente, pues ayúdame proponiendo venta a un tercero, que yo apoyaré la idea..., porque, lo que no es posible, es vender solamente la mitad..., salvo que sea de uno de los dueños al otro, por disposiciones de mi padre.

— Comprendo todo y te amo con todo lo que soy. —dijo emocionado Luis Carlos. Luego aterrizando en el tema de posible negocio, agregó:

— Piensa en la posibilidad de que tú compres la mitad perteneciente a tu hermano. Solamente piénsalo, por si acaso la cosa se pone difícil. Si la casa es solo pertenencia tuya, tú podrás venderla tranquilamente en un futuro, próximo o no tan próximo.

— Ah, ¡eres un genio!. No se me había ocurrido. Si lo ves oportuno hazme una seña para que yo lo proponga... —dijo Cris con su ánimo completamente recuperado.

Fue ése un momento muy apropiado para escuchar a Carmela decir por teléfono a Eliécer que pasaría a la señorita Cris. Cristina bajó en el acto.

— Aló, Eliécer. ...aquí estamos Luis Carlos y yo preguntándonos si podríamos hacer una reunión de tres solamente, en este jueves? ... ¿Puedes venir?

Cristina sonriendo colgó. — Ya viene —dijo, y llamó a Luis Carlos para que bajara.

Se sentaron en la sala.

— Siento deseos de contarle a Eliécer de 'nosotros' —dijo Luis Carlos.

— Claro, cuéntale. Incluso nómbralo como padrino de... lo que sea que se te ocurra —respondió Cris y ambos se rieron.

—Ése es muy pilo y sin duda ya lo imagina... —aseguró Luis Carlos.

— Y bien que nos puede aconsejar! —dijo Cris sin dudar.

Luego recomendó a Carmela lo del café con panecillos para tres, o mejor para cuatro, para que ella se incluyera.

Carmela salió por los panecillos pues el comelón de Luis Carlos había agotado completamente la existencia...

— Esta mañana desperté después del segundo sueño con un hambre terrible y creo que acabé con tus recursos de acompañamiento del café... —dijo Luis Carlos haciendo gesto de niño regañado.

— Me está resultando muy cara esta amistad!... —dijo Cris riendo.

Mientras Carmela iba a la tienda, los enamorados cruzaron besos y abrazos en el ambiente generado por un sentimiento compartido de tranquila libertad. Los demonios portadores de miedos y ansiedades, definitivamente habían perdido el juego.

Reflexiones serias en dos niveles

La reunión de tres dejó buenos planteamientos. Después de escuchar y preguntar algunas cuestiones, Eliécer los condujo hacia una reflexión sobre tres puntos básicos, que llevó a las siguientes conclusiones:

- Tanto si existía una compañera de Francisco, como si no, plantear de una vez la venta o compra de la mitad de la propiedad por parte de uno de ellos.
- Informar al hermano de la existencia del compromiso con Luis Carlos y de que esperaban concretarlo con un matrimonio civil, lo más pronto posible.
- Iniciar la búsqueda de una casa para la familia Figueroa Montañez.

Con ese plan, Luis Carlos se propuso hablar con su madre con el objetivo de hacerla partícipe de los importantes momentos

por los cuales pasaba su vida en el presente y predisponerla con buena voluntad al conocimiento de Cristina.

Finalizaron en la fonda como buenos parroquianos.

Al regreso, Carmela les informó que la señora Josefina González había llamado, preguntando por el profesor Luis Carlos. Que ella le había contestado que estaba en una reunión con el abogado Pinto y la señorita Cristina y que habían salido a comer en un restaurante cercano.

Bueno, pues la llamaré y creo que lo mejor es que yo vaya ahora para acompañarla. Cris aceptó absolutamente. Deseó comenzar de una vez el camino propuesto.

— Pues gracias por la invitación y por la confianza, —dijo Eliécer al volver a la casa.

— Gracias a ti. Te mantendremos informado de la marcha de nuestros asuntos. Saludos en tu casa, —expresó Cristina.

— ¿Te llevo?, —preguntó Eliécer a Luis Carlos al no ver el carro.

— Lo metí en el garaje. No te preocupes... —dijo riendo el aludido.

Así se despidieron. Eliécer arrancó y Luis Carlos subió a buscar sus llaves y lo que deseaba llevar a la casa de su madre.

Se volvió a Cristina y le dijo:

— No sufras que pronto todo será llano para nosotros. Creo que mi madre te va a querer más que a su hijo...

—Déjate de decir locuras. Ándate y que todo salga bien. Dios te ilumine y a ella igualmente.

Con un beso y la entrega de las llaves del garaje y de la puerta principal, Cristina lo despachó con un golpecito en la espalda.

Al volver, Cristina quiso conversar un rato con Carmela. Esa mujer de cuarenta y cinco años tenía dos hijos que ya eran trabajadores permanentes en una empresa de carros. Ellos habían comenzado, con la sola primaria, como ayudantes de mecánica y habían escalado mediante aprendizajes obtenidos en cursos cortos del Sena y su propia práctica en el taller, con los carros que arreglaban. El mayor vivía aparte con mujer y un bebito de un año y el menor estaba todavía con su mamá. Carmela se sentía orgullosa de ambos.

Cris pensó en que lo esencial de la vida era ser fiel a las posibilidades de cada uno y a la búsqueda de la mejor forma de vivir de acuerdo con ellas... lo demás le parecía muy poco importante para lograr la felicidad. Al final de la charla, ella felicitó a Carmela por sus hijos, por su nieto y por ella misma que continuaba en la lucha por su propia familia y también le ayudaba mucho a ella, Cristina Montañez, a lograr hacer lo mejor con la suya.

— Pero usted, señorita Cristina, a sus veinte años también ha logrado mucho. Ya va adelantada en una carrera de Universidad y ha mejorado esta casa, y, sobre todo, consiguió encontrar a su hermano a quien pronto veremos, y ahora va a casarse con el profesor Figueroa, ese señor tan educado y bueno y querido con todos y por todos, porque se nota que no es un pobretón, ni un clase media creído, sino alguien encumbrado de verdad, pero lo trata a uno como si fuéramos todos de su mismo nivel...

Así, con mutuos elogios por los triunfos logrados en sus respectivos campos, las dos amigas decidieron irse a dormir.

Cristina pensó en Luis Carlos y su mamá, y pensó también en Carmela y sus hijos... se acordó del ángel y le pidió que los cuidara a todos...

La madre y el hijo

Luis Carlos llegó a la casa de su madre y dejó el carro al frente de la casa. En el momento en el cual se bajaba, Eva abrió la puerta y le dijo que si quería que ella le abriera el garaje para que de una vez pudiera guardar el carro.

— Gracias Eva. Sí, hágame el favor —y Luis Carlos volvió a subirse y estuvo listo frente a la puerta grande.

Al bajarse, él mismo se hizo cargo de subir los seguros de la puerta, y agradeció a Eva quien se adelantó a tomar la mochila de la ropa sucia para llevarla al cuarto de las ropas.

Luis Carlos pasó a buscar a su madre.

— Hola, hijo, ¿cómo estás? —preguntó ella que lo esperaba frente a la sala.

— Pues estoy bien, madre querida. ¿Y tú? —Luis Carlos habló mientras se acercaba con un gesto preocupado a su madre. Enseguida le dijo:

— El día de hoy ha sido raro. Dormí toda la mañana y después hicimos una reunión Eliécer, Cristina y yo, hasta el momento en el cual sentimos hambre y nos fuimos a un restaurante a comer. Dejamos a Carmela en la casa y ella nos avisó de tu llamada. Yo me sentí triste de no haberme acordado de ti antes de esa hora... ¡perdóname!, fui un inconsciente y un hijo muy egoísta...

— No te culpes tanto. Yo también dormí mucho hoy. El resto del día lo hemos pasado con Eva, ordenando la tremenda cantidad de cosas supuestamente mías, que me enviaron de la

mansión. Las enviaron junto con las tuyas. Esas están en tu cuarto, sin organizar. También forman un montón bien alto.

— Esas, déjame a mí el trabajo de ordenarlas, mamá querida!, así de una vez, iré desechando muchas prendas que ya no uso. Yo quiero que tú estés tranquila y puedas hacer lo que más te guste. Deseo mucho colaborar en lo que esté en mi mano para que te sientas bien.

— Gracias Luis Carlos querido. Yo aprendí más sobre ti en la última semana de la vida de mi padre, que en todo el tiempo anterior.

Luis Carlos la miraba y escuchaba con mudo asombro. Al fin dijo:

— Y, ¿cómo pudo ser eso?, ¿qué te dijo el abuelo?

— Pues me dijo que tú eras su gran orgullo. El más inteligente de todos los descendientes de su propio padre. Curiosamente el que no llevaba el apellido González en primer lugar... y luego me pidió que no interfiriera con tus deseos, que él no te haría heredero de los negocios ni de las propiedades relacionadas con la agricultura y la ganadería. Que para ti, él deseaba que tuvieras el camino abierto y que dispusieras de todo el tiempo y los recursos necesarios para llegar hasta donde tu mente alcanzara en el campo de lo académico. También me dijo que él sabía que tú tenías una chica a quien amabas. Que, por favor, yo no interviniera en contra...

— Ah!, mi abuelo, viejo inteligente y pícaro... a mí me dijo que cuando él hubiera salido de la mansión cargado por otros, yo debía llevarte junto con Eva a tu nueva casa y que, cuando te dejara bien acomodada, me fuera enseguida a hacerle el amor a mi amada... —contestó sonriendo el hijo.

— Dios lo bendiga y lo tenga con Él. De modo que estoy intrigada... ¿quién es ella? —dijo la madre.

— Tú la viste dos veces antier. En la velación te dio el pésame y en la iglesia estaba con el grupo de la Universidad.

— Ah, ya sé!. La chica que llegó con el abogado Pinto al mediodía... sí,... la volví a ver en la Calle de Honor de la salida de la iglesia.

— Pues es ella. Cristina Montañez. Y ella me dijo que te diera un saludo de su parte y que oraba para que Dios nos iluminara a ti y a mí, y... claro!, también a ella.

— Y ¿puedo ir contigo a verla el sábado? porque pienso que mañana tendrán trabajo en la Universidad.

— Yo no tengo que ir porque me dieron una semana libre por el duelo familiar, pero ella sí tiene clases... Aunque podríamos irnos mañana después de mediodía, con Eva y todo. Duermen allá y el sábado hacemos algún programita, aunque sea sólo conversar, porque son muchas las cosas que tenemos para contar..., —Luis Carlos se interrumpió al ver la cara de la madre y haciendo el gesto de parar con la mano dijo:

— ¡No!, nada de bebés por el momento. No te preocupes. Son otros problemas muy fuertes que logramos resolver entre todos... Ya los conocerás!.

— Pues gracias por venir, mi niño! dijo la madre. Ahora yo me iré a dormir. Tu cama está lista y el desorden puede esperar a mañana. Así que duérmete tranquilo..

— Sí, gracias madre y gracias por lo de 'mi niño'. Eres un amor.

Con respectivos besos en la frente y el Feliz noche!, se despidieron.

Luis Carlos decidió llamar a Cristina a esa hora, para ponerla en antecedentes.

— ¿Cómo fue todo? —preguntó Cris

— Muuy bien! Quiere verte... Entonces mañana después de mediodía me voy con ellas dos y allá las acomodamos. Tú eres experta. Hazlo como te parezca bien. Eso será perfecto. —después de una pausa agregó:

— Puede ser que quiera regresarse el sábado o que se sienta contenta de pasar también el domingo con nosotros. Eso lo iremos deduciendo de cómo se den los hechos —Cris respondió enseguida:

— Gracias amor por la confianza, pero si hay alguna consideración especial por cuestiones de salud u otras, sabes que puedes hacer todos los cambios que te parezcan necesarios.

Luego le contó lo que el abuelo había hablado con su madre... y etc.

Cristina decidió dormir tranquila y madrugar a pensar en cómo y dónde hospedar a su suegra y actuar con hechos en orden lógico.

Cambios necesarios

Así que amaneció, habiendo escuchado que Carmela salía, Cristina se levantó de inmediato y comenzó por mirar qué camas había en la casa, además de la suya y la de Carmela. Fue al antiguo cuarto de Francisco y vio que una cama vieja semidoble, estaba desbaratada contra la pared. Mirando de

cerca constató que existían todas las partes de la misma. Ningún colchón aparecía por los contornos. Tampoco encontró sábanas, ni almohadas aparte de las de su propia cama, que ella misma había traído de la casa de la tía Aura.

Revisó el baño intermedio, pues ella usaba solamente el contiguo a su propio cuarto, y lo vio limpio, aunque sin toallas ni otros elementos a mano.

Con estos datos en mente, tomó la libreta cercana al teléfono y anotó: sábanas, almohadas, colchonetas, cobijas, toallas, y los elementos del baño: jabón, pasta dental... etc.

Hecho esto desprendió cuidadosamente la hoja y la ubicó en su cartera. Enseguida entró a ducharse, se vistió como para ir a la Universidad y bajó armada con la tarjeta de crédito que el Banco le había dado y que, hasta el momento, ella no había tenido la oportunidad de utilizar. Antes de salir, se preparó un café instantáneo y lo pasó con un panecillo de los muy acostumbrados.

Entonces salió poco antes de las ocho y decidió hacer todo el recorrido a pie. Para su sorpresa descubrió que había muchos comercios cercanos abiertos y pronto encontró uno apropiado para mirar ropas de cama. En él encontró todo lo relativo, excepto las colchonetas y los artículos para el baño.

Decidió comprar de una vez todo lo de la lista que ahí encontró. Dejó pagadas y envueltas esas cosas, mientras compraba lo demás y regresaba a recogerlas en el taxi que sin duda tomaría, cuando tuviera todo lo faltante.

Así, siendo las nueve de la mañana, Cris dejó en su casa todas las compras que incluían, además de las enlistadas, un surtido mayor de galletas y panecillos. Los comestibles quedaron en

la cocina y lo demás ella lo subió en tres viajes, al cuarto de Francisco.

Por si los viajeros llegaban antes de lo esperado, Cris pasó la escoba por el sector más trajinado del primer piso. Sin más recogió su bolso y otra vez, a la carrera, puso rumbo a la Universidad. No quería faltar ese viernes.

Intencionalmente fue a la cafetería en plan de completar un desayuno. Pronto se le unió Nora Carrillo. Evidentemente quería chismosear sobre el entierro del señor González. Ella no tenía muy claro el parentesco del profesor Figueroa y se lo preguntó a Cris.

— Pues, supongo que es nieto del muerto, puesto que su segundo apellido es González y además, por lo visto, le dieron la licencia de cuando hay un duelo muy cercano en la familia —contestó Cris.

— Claro!, yo no había pensado en eso —afirmó Norita, Después hablaron de los avances para lograr que Cristina pudiera entrar al cuarto semestre de la carrera de Matemáticas en el siguiente período.

— Sabes que hay gente que piensa que tú estás demasiado tiempo con el maestro Figueroa? —preguntó Nora haciendo el papel de inocente.

— Supongo, porque como él me ha ayudado en lo del paso a la otra carrera, pues hemos ido juntos varias veces al edificio de Matemáticas para hablar con los directivos y profesores... y, pues eso no tiene ninguna importancia ni es asunto de los desocupados que todo quieren chismosear... —respondió Cristina, amable y sonriente.

— Sí, pues claro, —Nora pensó un momento y luego continuó:

— Pero sabes que me gustaría mucho que algo así sucediera para que de una vez se callaran todas las metiches?

— Eso lo dirá el futuro... por el presente, solamente quiero estar bien al día en todas las materias, antes de pasarme a la carrera de Matemáticas. —contestó Cristina sonriendo abiertamente a su amiga. Enseguida se levantó para salir de la cafetería, regresar al salón de Ingeniería Industrial por su mochila, y volver a salir con dirección al edificio de Matemáticas y de allí seguir directo a la calle a tomar el bus para su casa.

Una vez adentro, Cristina miró su reloj: las doce del día. Era urgente moverse lo más rápido posible.

Comenzó por armar la cama semidoble de Francisco, limpiar el polvo de la misma, poner una colcha vieja, en lugar de la tradicional estera y sobre ella, las dos colchonetas del tamaño apropiado, que había comprado en lugar de un colchón, para `poder manejarlas con facilidad. Así, tendió la cama con sus propias sábanas y cobijas: "Esta será nuestra cama"... se dijo, sonriendo.

Acomodó una pequeña mesa al lado y transportó a ella sus cosas de la mesita de noche.

Luego pasó a su propio cuarto que había destinado para doña Josefina, puso un juego de sábanas nuevas, junto con las almohadas y sus fundas correspondientes. Miró todo, recogió sus propias cremas y peines y llevó lo separado al cuarto previsto.

Dejó además la colchoneta angosta que había comprado pensando en Eva, en el cuarto contiguo al que ocuparía su suegra. Pensó que encargaría a Carmela terminar de instalarla completamente.

Hecho esto, dejó los baños para que Carmela le ayudara a pulir y ordenar todo en ellos.

Cuando terminó esos quehaceres, Cris se refrescó la cara, se peinó de nuevo, cambió su vestido por uno bien limpio y planchado, y se sentó en la sala para tranquilizarse mientras llegaban por sus caminos Carmela de un lado y Luis Carlos con las visitantes del otro.

A la una y media llegó Carmela. En cuanto entró notó los cambios.

— ¿Ha sucedido algo nuevo? —preguntó a Cristina que la miraba y contestó sonriendo:

— Pues nada más ni nada menos que Luis Carlos viene ahora con mi suegra y su doncella.

— Y ¿qué quiere usted que yo haga? —preguntó Carmela.

— Pues de momento, lo más urgente es que me ayudes a completar las cosas en los baños. Tengo mi cuarto destinado a mi suegra y el cuarto del lado a su doncella que se llama Eva. Es muy querida. Arriba dejé lo necesario, —contestó Cristina.

Carmela subió de una vez y terminó de organizar todo, menos lo de Eva, acerca de lo cual preguntó:

— Respecto de la doncella, ¿prefiere que aliste la cama en el suelo, o que le deje mi cuarto?. Yo puedo ir a mi casa a dormir...

— No. quédate aquí. Es bueno que Eva tenga con quién conversar en confianza y mañana te vas como siempre. El desayuno lo prepararemos nosotras, así de paso Luis Carlos ve cómo se desempeña Eva con su señora madre.

— Entiendo perfectamente. Creo que de una vez le preparo cama en el suelo, arriba al lado del cuarto de su señora, —dijo Carmela con seguridad de que era lo correcto.

Una vez listo el segundo piso, Cris recordó que Luis Carlos le había dicho que ellos saldrían de la casa de su mamá después de almuerzo. Entonces quiso que ella y Carmela comieran algo. Carmela preparó unos huevos con jamón y un té para las dos. Habían terminado, cuando pasados diez minutos de la dos de la tarde, sintieron que el carro se detenía. Carmela corrió a abrir la puerta y saludando a la señora con toda corrección, ayudó a llevar un bolso grande, de los dos que cargaba Eva y, poniéndose a un lado, hizo una venia a doña Josefina y la dejó pasar hacia Cristina que avanzaba a recibirla. Carmela siguió con Eva a su lado e, indicándole con un gesto el piso de arriba, tomaron la escalera. Las dos ayudantes subieron al segundo piso y estuvieron de regreso un minuto después.

Mientras todo esto, Luis Carlos abrió el garaje, metió el carro y cerró la puerta. Enseguida caminó directamente a la sala en donde Cristina acababa de llevar a su madre.

— Bueno, madre querida, ésta es Cristina Montañez, a quien deseo hacer mi esposa, —después de una mínima pausa en la cual sonrió a su madre, se volvió a Cris para decirle:

— Cristina, mi novia muy amada, te presento a mi madre, Josefina Gozález. La mejor y más valiente madre que puedas imaginar.

Doña Josefina y Cris se miraron muy sonrientes. La madre habló primero:

— Cristina, vine con inmenso deseo de conocerte. En cuanto te vi, supe que podría confiarte el más grande de los tesoros que la vida me ha concedido tener. Este muchacho que te ama

—Cris con lágrimas en los ojos, tardó un momento para responder:

— Mi señora Josefina, mil gracias por sus palabras. Pido a Dios me ayude a ser merecedora de su confianza. Solamente le prometo que amaré a su hijo y trataré de corresponder a todo ese gran honor que usted me hace.

— Bueno, y de ahora en adelante, trátame de tú. Solamente tengo unos cuantos años más. Por todo lo demás, no existen hoy ni existirán nunca diferencias entre nosotras —respondió la dama mayor.

Luis Carlos emocionado aplaudió y las besó. Entonces con gran ánimo invitó a todas a subir.

Carmela y Eva subieron en cuanto los principales llegaban al segundo piso.

Cristina se adelantó para indicar a Josefina el cuarto que le era destinado y Carmela, por su parte señaló a Eva el suyo. Cris dijo sonriente a Eva que la había tomado por sorpresa y no había tenido tiempo de conseguirle una cama, pero que como era un segundo piso, ella estaba segura de que Eva no pasaría frío.

— Así está perfecto, añadió Josefina sonriendo. Eva es joven y las jóvenes duermen como lirones aunque sea en un filo...

— Y ustedes, ¿en dónde dormirán?

— Luis Carlos muy sonriente le señaló el cuarto en donde él suponía que Cristina había arreglado una cama para ellos, —sin embargo la miró de reojo y ella contestó con un guiño y arrugado de nariz, bastante expresivo.

— Pues aquí madre. Este es nuestro cuarto.

— Mmm, creo que te va a crecer la nariz Luis Carlos. Sigues siendo un mentirojillo.

Con la risa de todos, terminó el tema de los hospedajes y volvieron a la sala.

Luis Carlos buscó a Carmela para pedirle que preparara té y lo llevara con panecillos o galletas a la sala, para ellos tres, y que invitara a Eva a tomar con ella leche o algún jugo, ahí en la mesita de la cocina. También le dijo que dejara la jarra del té en la mesa de la sala porque, a su mamá y a él les gustaba repetir cuando se había enfriado un poco..., y seguro que Cris también lo tomaría así. Luego quiso darle dinero, pero Carmela rehusó explicando que la señorita había comprado de todo eso en abundancia. Enseguida puso al fogón el agua para el té.

Para sorpresa de los anfitriones, en cuanto Luis Carlos volvió a la sala y estuvieron sentados los tres, Josefina sacó de su bolsillo una pequeña libreta y la abrió para leer en orden las preguntas que ella tenía preparadas para comprender en lo posible los hechos del pasado, los conocimientos del abuelo, y los intereses de Luis Carlos y Cristina, en relación con el presente y el futuro.

Entonces hablaron de los temas relativos al Salesiano de A, a la graduación del año 78, a la ausencia de Montañez en ese evento, a la aparición de Cristina en la Universidad y su búsqueda y la casualidad de que ella hubiera recordado el nombre de Luis Carlos de cuando su hermano lo nombraba antes de desaparecer, al leer ese nombre entre la lista de sus profesores, hasta llegar a las últimas conversaciones al respecto y a la certeza de que Francisco Montañez estaba vivo, con la posibilidad de que apareciera de un momento a otro,

por lo menos a través del teléfono. Entonces se concretaría el momento y la forma y el dónde se encontrarían.

Luego hablaron de esa casa en la cual estaban ellos en ese momento y de su condición de propiedad indivisible entre los dos hermanos, y también de lo que tenían más o menos decidido al respecto, con el consejo de Eliécer Pinto, el abogado amigo y antiguo compañero del salesiano.

Además Luis Carlos hizo a su madre una descripción muy cómica de la visita y la personalidad de Gúmer Bobadilla, y del grande, inmenso salto que la búsqueda había dado con su historia tan peculiar e irrepetible...

— Pues es una increíble historia de amor. Confirmó Josefina para esos dos, ahora hijos suyos, que la vivían con serenidad y asombro —enseguida preguntó:

— Y, ¿qué piensan hacer con la casa cuando llegue Francisco? —preguntó ella.

— Pues lo más seguro es proponerle que yo le compro su mitad, a menos que él quisiera quedarse con ella y me pudiera comprar mi mitad, —respondió Cristina.

— Sí, porque no es una casa suficientemente grande como para dividirla en dos apartamentos completos, uno para cada uno —explicó Luis Carlos.

— Bien. Me parece correcto. De todos modos, no dejen de contarme cuando el hombre aparezca.

A todas estas, el té se había terminado y la noche reinaba sin luna. Luis Carlos decidió hablar con su madre, de la fonda cercana, y preguntarle si le gustaría comer algo de carne asada con papas y ensalada de tomate, un poco a lo campesino.

— Me gustaría mucho! —contestó Josefina

— Pues Carmela, por qué no vas con Eva a preguntar si nos pueden dar una mesa para cinco, ahora mismo, sugirió Cris.

Las dos aludidas se levantaron y sin ceremonias, después de que Carmela dijo: — Sí señorita, con mucho gusto! —ambas salieron.

Cinco minutos después volvieron para decir que sí, que en un cuarto de hora estaría lista la nueva carne que tenían al fuego, porque la provisión anterior se había acabado ya.

Entonces, después de buscar algo de abrigo, todos cinco emprendieron el camino a pie.

Comieron muy bien. Ya los dueños de la fonda conocían a Carmela que siempre iba a encargar la mesa y a Luis Carlos que siempre pagaba. Suponían que la señorita era la dueña de la casa.

En esta ocasión, con la madre presente, todos armaron perfectamente el juego de roles:

— Pues yo creo que la señorita va a ser próximamente la señora y que la doña de hoy es la madre del señor y futura suegra... —dijo la mujer al dueño del negocio.

— Bueno, a atenderlos bien y que diosito nos los tenga siempre cerca —respondió el marido.

Ya en la casa, volvieron a la sala y, de nuevo Luis Carlos encargó té pero sin panecillos... eso sí una jarra completa.

Cris lo escuchó y tuvo para reírse. Lo del otro día no era por el peso del día, sino por su vida de familia. Tomadores de té.

"Me parece que es fácil acomodarse con el té"... se dijo Cris, añadiendo para su coletito: "Eso sí, salvo en la mañana. Para acabar de despertar necesito un café recién hecho"... y

entonces pensó en Eliécer y lo mucho que gustaba él del café, a cualquier hora... Me gustaría tener a Eliécer aquí. A mi suegra le va a encantar y, puede resultar un buen consejero de negocios para ella. Voy a sugerir a Luis Carlos que lo llame...

Terminó el día y Todos estuvieron de acuerdo en retirarse a descansar.

— Para mañana sábado, no te sientas muy afanada por regresar temprano de tu casa —dijo Cristina a Carmela antes de las buenas noches

— ¿Como a qué hora desea que yo venga? —preguntó Carmela.

— Por ahí dos y media o tres de la tarde. Creo que es buena hora. Respondió Cris.

Así quedaron y luego todos se recogieron en sus lugares.

Eva antes de dormirse dijo a su ama: — Señora Josefina, esta casa es muy bonita, ¿no cree usted?

— Sí, lo creo, Eva. Pienso que mañana podemos salir a caminar por aquí cerca a ver qué cosas vemos.

— Sí señora. Será muy bueno pasear por la ciudad!

Josefina se durmió pensando que ella y Eva eran como dos niñas campesinas, ambas emocionadas de estar en una ciudad grande.

Luis Carlos estuvo feliz al dormir al lado de Cris en una cama rústica, muy estrecha de acuerdo con los cánones establecidos para una cama matrimonial y bastante más dura de lo que siempre había experimentado.

Cris le contó que su padre le había enseñado a ella a dormir con una estera en lugar de colchón, para que ella supiera cómo vivían los campesinos y cómo esa cama dura era buena para la

espalda y que por eso los campesinos que no se volvían demasiado aficionados al guarapo, eran generalmente mucho más sanos y fuertes que los hombres de las ciudades acostumbrados siempre a colchones blandos...

Luis Carlos rezongó y le preguntó riendo,

— Y no te dijo tu padre si estas camas duras eran mejores para el amor?

— Mi padre era un hombre serio, no un pillo pícaro como tú..., pero si tienes dudas, deberías probar a ver qué conclusión sacas... —y Cristina soltó la carcajada...

No duraron mucho las risas porque ellos estaban realmente cansados ...

El sol entraba por la ventana cuando Cris se paró rápidamente, al recordar que tenía visitantes y que Carmela vendría solo por la tarde.

Después de ducharse y vestirse, Cristina bajó a la cocina para preparar café y dejar lista más agua por si Josefina quisiera té al levantarse. Con lo del café volvió a recordar a Eliécer y su idea de que Luis Carlos lo llamara.

— Hola dormilón, ¿quieres café recién hecho? —dijo ella pellizcando la oreja del bello durmiente.

— Mmm, pues ni modo!. Esta manera de despertarlo a uno, todo inocente, después de una noche terrible en una cama de hierro... —Sentándose en la cama, el sufrido y atormentado, tomó con avidez la taza mientras decía:

— A ver si no es una pócima para matarme... pero yo soy un valiente. No me asustan brujas ni bebedizos!

Se lo terminó de un tirón y se fue de espaldas haciendo el muerto. Cris se desternillaba de la risa.

— Siga así, jovencito y verá lo que le va a pasar!

Después de tan terrible advertencia, Cris se paró llevándose las tazas vacías y riendo mientras bajaba la escalera.

Abajo encontró a Eva que miraba la estufa

— ¿Qué quieres hacer? —preguntó Cris, Eva se sobresaltó porque no la había visto llegar.

— Buenos días señorita! Es que la señora Josefina quiere un té. Voy a poner el agua para que hierva.

Entonces Cris le explicó cómo encender esa estufa y le mostró el agua que ella había dejado lista para cuando la señora quisiera el té. Eva encendió el fogón y, mientras tanto, Cristina le enseñó en dónde se guardaba el té y con qué lo podía colar. También el lugar de las tazas y los platicos y el azúcar si se necesitaba.

— No, señorita, la señora Josefina no le pone azúcar al té. Pero sí algo de leche, si hay.

Cris abrió el refrigerador y le señaló la leche que estaba empezada.

— ¿Quieres calentar algo de leche?. Lo mejor es en esta pequeña perolita —y se la enseñó, mientras añadía:

— Yo siempre la uso para eso, porque ahí, poquita leche se calienta rápido y no ensuciamos una olla más grande.

— Muchas gracias señorita Cris, —dijo Eva contenta.

Cris esperó a que Eva subiera el té a su suegra. Luego fue hasta el cuarto de ellos para apersonarse del asunto de ropa de su compañero, por si la había dejado en el carro...

— Uf, si estás bañado! qué buena idea! ¿Tienes toda la ropa que necesitas aquí o la dejaste en el carro?

Luis Carlos la miró y le hizo una mueca y le dijo que ella lo había amenazado y que esa era una ofensa muy grave.

— A ver, a ver, ya pusiste el denuncia de tal ofensa?... porque yo tengo un abogado que me defiende y lo llamo en este mismo momento para informarle este grave asunto —contestó la acusada.

— Bueno, por hoy no voy a denunciar nada. Esperemos a que amanezca lunes y entonces veremos... —dijo el otro.

— Entonces abajo nos vemos. Chao. —Y Cris salió...

Unos minutos después llegó Luis Carlos y finalmente Josefina. Eva se quedó arriba arreglando el cuarto de su ama.

Los tres se saludaron y se besaron dos a dos, como dicen los matemáticos.

— Pues dormí perfectamente, mis hijos. Dijo Josefina. Me gusta mucho esta casa. Es silenciosa pero no está aislada.

Luis Carlos tomó nota del comentario. Cris preguntó directamente:

— Y ¿es que tu casa actual está aislada?,—a lo cual Josefina respondió:

— No es tan aislada como la mansión de mi padre, pero como no tenemos carro ni chofer, para salir debemos llamar siempre un taxi y todavía no me acostumbro a eso de utilizar cada vez un chofer y un carro desconocido. Uno se acostumbra a las rutinas... y también a un poco de ruido —en ese momento Josefina se interrumpió para decir a su hijo:

—Ah, estuviste conmigo y olvidé hablarte de esto —y al decirlo comenzó a buscar en su bolso de mano que Eva siempre tenía cerca por si ella lo necesitaba. Esa era una orden fija.

— Esto es!. Toma léelo! —y pasó a Luis Carlos un sobre abierto por un costado.

— Es una citación para el miércoles a las cinco de la tarde, en la oficina del Notario Gutiérrez para la lectura del testamento. Debemos estar presentes tú y yo y los demás que hayan sido convocados, —dijo Luis Carlos al leerlo, pensó un momento y pasó a proponer:

— Entonces, te propongo que te quedes aquí esta noche, y mañana domingo por la tarde, te llevaré a tu casa. El martes al mediodía iré de nuevo por ti para traerte y que duermas aquí, y de aquí el miércoles iremos juntos a casa de Gutiérrez. ¿Te parece?

— ¿Todo eso con Eva? —preguntó Josefina

— Claro mamá querida. No te digo que te quedes desde hoy porque no tienes aquí la ropa ni otras cosas que puedas necesitar y porque el lunes mi horario va a estar repleto de cuestiones por hacer. Pero de esta forma, no estarás mucho tiempo allá, y después de oír el testamento y despedirte de todas las brujas, entonces nosotros, contigo, tomaremos las decisiones que a todos nos parezcan mejores, para ti.

— Brujas... eso mismo decía tu abuelo, pero... no recuerdo de quiénes hablaba... —luego, como recuperando la conciencia del momento añadió:

— Pero claro que sí, te acepto la propuesta. Entonces nos vamos mañana domingo por la tarde...

Eva escuchó y confirmó con la cabeza, cuando Luis Carlos la miró interrogativamente.

— Quién sabe que nos dirá ese testamento... —dijo Luis Carlos pensativo a Cris, esa noche.

— Dejemos que el tiempo diga lo que ya está escrito. No ganamos nada con preocuparnos por adelantado... —comentó Cristina.

Tienes razón, y Luis Carlos volvió al momento y al amor.

El domingo Carmela quiso invitar a Eva a pasar un rato en su casa y habló de ello con Cristina. Ella lo comentó con Luis Carlos y él le propuso a su madre que la dejara ir de dos a cuatro de la tarde, porque a las cuatro saldrían para regresar a la casa de ellas. Así que después de servir el almuerzo y levantar los platos, Cristina las despachó. El trabajo restante no era mucho y lo haría Carmela al regresar, después de que ellos se marcharan. Cris iría a dejarlas y regresaría con Luis Carlos.

Problemas inesperados

Todo transcurrió tranquilamente. El plan funcionó según lo previsto hasta el miércoles ya de noche, cuando Luis Carlos regresó con su madre de la lectura del testamento del abuelo.

Ella estaba en crisis de llanto casi histérico. Cris corrió a ayudarla a subir a su cama, Carmela preparó agua de azahar para los nervios y Eva se aproximó para ayudar a desvestir a su señora, como hacía todas las noches.

Cuando Josefina se durmió por efecto de las tisanas tomadas y por cansancio, Cris acompañó a Luis Carlos a comer algo y

sin presionarlo de ninguna manera permaneció a su lado en la sala un rato largo. No se dio cuenta de que él se había quedado dormido en el sofá, porque ella también se durmió en uno de los otros sillones. Fue el frío de media noche lo que la despertó. Entonces subió sin ruido a bajar una cobija, lo abrigó y ella fue a recostarse en la cama, abrigada con la otra manta.

Amanecía cuando Luis Carlos la despertó con suavidad para tranquilizarla:

— No fue nada grave. Solamente que cuando el Notario leyó que nosotros dos teníamos como herencia la casa que mi madre ocupaba y la totalidad de los dineros actualmente no comprometidos y en caja, de todas las cuentas bancarias de mi abuelo, tanto de cheques como de ahorros, los otros se pusieron como locos. Nos gritaban cosas desagradables y decían insultos groseros a mi madre... y ella que ni por asomo esperaba algo así, empezó a temblar en un ataque incontrolable. De la Notaría llamaron a un médico que le aplicó una inyección para calmarla lo suficiente, hasta que pudiéramos llegar al hospital. Ya nosotros en el carro, el mismo médico me alargó el sobre con la medicación completa y me dijo que con eso ella dormiría toda la noche y que, mejor la trajera a la casa. Que mañana él mismo venía a revisarla hacia las once de la mañana. Por eso se la dimos diciendo que era una tisana especial. El Notario pidió a la fuerza pública que le ayudara a cerrar la Notaría y calmar a la gente —Luis Carlos respiró hondo y luego continuó:

— Entonces, pensemos en tenerla con nosotros hasta que resolvamos el asunto de esta casa. Que ella viva aquí ya que tanto le gustó en la visita pasada, y nosotros nos compramos

una cama con mejor colchón y le pasamos ésta que tenemos a Eva.

— Buena solución para Eva. Ahora dime qué les quedó a esa mano de furibundos? —preguntó Cristina.

— Nada menos que la mansión con todos los terrenos y todos los ganados, pero con prohibición de vender nada, antes de seis meses. No se quedaron en la ruina. Pero ellos apuntaban al cash, a lo que les sirviera para ir de farra desde esta misma noche... y de eso..., nada!.

— ¡Dios santo! de la que nos libramos. —dijo Cris.

— Me alegro de haberme mantenido en mis quince! de no haber querido ser 'el heredero' ..., Gracias a Dios, sin duda alguna!.

— Ahora toca cuidar a tu mami. ¿Por qué no llamas a Eliécer, para que venga y con él conversamos sobre lo que deberías hacer... —Añadió Cris.

— Sí, me parece algo muy acertado. Eso sí esperemos a que amanezca... —dijo Luis Carlos, para añadir enseguida:

— Tratemos de dormir un ratico. Nuestras almas están cansadas...

Cris le ayudó a quitarse los zapatos y el pantalón y a acomodarse en la dura cama... luego lo abrigó bien y ella se tendió a su lado para compartir las frazadas y el calor humano. A los cinco minutos estuvieron profundamente dormidos.

A las ocho de la mañana despertó Cristina y recordó la venida del médico a las once, y la necesidad de llamar a la Universidad para avisar que por gravedad de la señora madre, el profesor Figueroa pedía una licencia no remunerada para faltar dos semanas.

En la Universidad le contestaron que de momento avisarían a la Rectoría, pero que en un máximo de tres días, él debía presentarse para firmar la solicitud y recibir los documentos correspondientes.

Tranquila decidió dejarlo dormir. Caminó despacio para no hacer ruido, cuando escuchó que Josefina hablaba con Eva:

— Tráeme un té... procura no hacer ruido... tuve sueños terribles, peleándome con gentes enfurecidas... Gracias a Dios estoy aquí, en la casa de mi hijo... Creo que me quedaré aquí...

Eva salió sin decir nada. Cris le hizo seña de que no hablara nada ahí y la acompañó a la cocina.

— Gracias a Dios parece haber olvidado el asunto de ayer!,
—dijo Cristina.

— Sí. Dormió toda la noche. Yo me levanté varias veces a verla y estaba profunda y tranquila, —comentó Eva.

Entre las dos prepararon el té y Eva subió adelante. Cris se hizo un café y lo tomó. Luego subió a ver a su suegra.

— Buenos días! ... —saludó asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—Ah!, buenos días Cristina querida!... Yo dormí muy bien, y ustedes? — habló y preguntó la enferma con total claridad y buen genio.

— Pues me alegro mucho y, no se preocupe por levantarse muy pronto... Su hijo está roncando porque hoy no irá a la Universidad. Lo que me dijo anoche era que iba a llamar al abogado Pinto para que venga, y hablar de negocios con él.

— Sí, sí, yo también quiero estar ahí y preguntarle si me ayuda a vender mi casa...

— Pues todo eso lo podremos hablar. Ahora descanse. Cuando desee levantarse, aquí está Eva para prepararle su baño y ayudarla a vestir, —la tranquilizó Cris.

— Sí, tenemos que ir a la casa a traer toda mi ropa... —y se quedó pensativa, —Cristina, para evitar que cayera en pensamientos desagradables al constatar que no vivía con ellos, decidió decirle:

— Claro que eso hay que hacerlo. Anoche Luis Carlos habló de que tú te quedarías aquí. De modo que si no quieres ir al campo, nosotros podemos ir y traer tus cosas...

El semblante de Josefina se iluminó con la idea. Exclamó:

— Gracias por contarme. Tan lindo mi hijo. Él sabía que yo no estaba a gusto tan lejos... , entonces... ¡así quedamos!

Cris la dejó con Eva a quien Josefina pidió inmediatamente buscar qué ropa tenían a mano para vestirse ese día, y se dispuso a bañarse y arreglarse de una vez.

A las diez Cristina subió con un café fresco y humeante. Encontró a su hombre que acababa de salir del baño y no encontraba con qué vestirse, ante lo cual ella, después de poner el café sobre la mesita, exclamó levantando los brazos teatralmente:

— ¡Problema familiar! madre e hijo sin ropa para cambiarse.. ¿qué haremos?

El mencionado hijo la miró levantando una ceja y apuntando con el dedo sentenció:

— Usted señorita se está ganando un castigo... Ya hablaremos de esto.

— Mejor tómesese ese café, mientras vuelvo —respondió la sentenciada y salió de la habitación.

Cinco minutos después, Cristina regresó con una muda completa que ella había guardado, del envoltorio que él dejó en el piso del pasillo la noche del día del sepelio del abuelo, y que no había utilizado, pues se fue a casa de su madre al día siguiente.

— Bueno, vístete antes de que llegue el médico. Tu madre está muy bien. Le contó a Eva que había tenido una pesadilla fea con un poco de gente furiosa que gritaba...

Luis Carlos listo, bien vestido, muy tranquilo y descansado, fue a saludar a su señora madre.

— Ah! Buenos días mi niño, ¿cómo amaneciste? —dijo ella antes de que él hablara ni una palabra.

— Bien, bien, mamá querida —Contestó Luis Carlos y se acercó para darle un beso. Retirándose un poco, la miró de arriba a abajo, sonrió y le dijo:

— Veo que estás muy arreglada y bonita. Me parece muy bien, porque ahora vendrá un amigo que es médico y después otro que es abogado y quiero que te vean tan elegante como siempre.

Cristina salió del cuarto y bajó porque quería recibir al médico en la puerta para comentar con él lo que ella había visto en las variadas reacciones de su suegra durante el rato que llevaba despierta, antes de que el doctor subiera al cuarto de la enferma o que prefiriera que ella bajara a la sala. Luis Carlos adivinando el propósito de Cristina, permaneció con su madre, conversando con ella de cosas que nada tenían que ver con los problemas suscitados por la lectura del testamento del abuelo.

La visita del médico fue simpática. Josefina, del brazo de su hijo bajó a la sala, como una gran señora. El médico estuvo atentísimo y le dijo que era una rutina que debían seguir las personas mayores, aunque se sintieran muy bien. Así que la auscultó cuidadosamente, tomó la medida de su tensión arterial, finalmente le recomendó comer frutas y verduras para mantener una buena digestión y suficientes alimentos proteínicos para el buen funcionamiento del cerebro. Además le recomendó que caminara un rato cada día, así fuera en su jardín o en un parque, o, incluso en un centro comercial que le gustara. Era muy importante eso de moverse sobre sus pies, porque pasear en carro es bueno para ver paisajes, pero no para fortalecer las piernas...

Josefina entendió todo muy bien. El doctor le dejó una prescripción de cápsulas de hígado de bacalao, para que tomara una diaria.

Al final, después de aceptar un café, el médico, muy gentilmente se despidió de todos.

Luis Carlos se acercó con él a la puerta y le pidió la dirección a donde debía ir para cancelar la correspondiente factura. El doctor le proporcionó su tarjeta y se puso a sus enteras órdenes. Solamente lo previno sobre ciertos desajustes de coordinación mental y pérdidas de memoria de corto plazo, que a la edad de Josefina solían ser muy frecuentes. De ahí la recomendación del aceite de bacalao o similares, que venían mostrando muy buenos resultados al respecto.

Arreglos convenientes

Cristina tranquilizó a Luis Carlos con respecto a su ausencia de la Universidad, pues en ese día, él debía haber regresado a sus clases. Cris le explicó que ella había hablado de una gravedad de su madre, y que le respondieron que en lapso de tres días hábiles, él debía presentarse para firmar la licencia, o reintegrarse, explicando que el problema había sido superado gracias a la oportuna acción de los médicos.

Discutieron las cosas y Luis Carlos resolvió llamar a dos colegas para pedirles que lo sustituyeran en sus cursos, que él lo solicitaría directamente a la Dirección de Ingeniería, para que les fueran asignados esos reemplazos y remunerados en correspondencia, como horas extras trabajadas.

Los colegas aceptaron gustosos. En consecuencia, aparte de las clases principales que Cris no podía perderse, ellos podían dedicar todo el tiempo necesario a las múltiples tareas y tensiones del momento.

— Esta misma tarde, iré con Eva para recoger todo lo de mi madre y también mis cosas que sin duda siguen allá, empacadas, como me las enviaron de la mansión, por acción del agente bancario a quien el abuelo en persona había recomendado que lo hiciera.

— Visionario tu abuelo. A ti y a tu madre les habría sido imposible volver por ninguna de esas cosas ni ropas...

—comentó Cristina. Pensó un momento y enseguida sugirió:

— Ahora, por qué no llamas ya a Eliécer para ir pensando lo de... qué hacer con la casa de tu madre... Que venga cuando tú estés de regreso, o antes, que aquí lo atenderemos mientras tanto. Al fin somos todos conocidos y amigos, porque tu

mamá me lo nombró esta mañana como alguien de toda su confianza.

— Buena idea! ... Estás muy inteligente hoy! Creo que te voy a contratar por término indefinido... —Dijo con sorna el señor de la casa y se dirigió al teléfono para llamar a Pinto.

Cris y Eva se pusieron a componer un almuerzo con lo que había en la nevera y en el armario de las provisiones.

Una sopa de ajiaco en polvo, enriquecida con dos mazorcas frescas, un puñado de papas, una bandeja de pollo sin hueso, un par de aguacates que el patrón se ofreció a ir a buscar en la tienda cercana y terminar con un buen té y algo dulce.

Media hora después almorzaron los cuatro. Luis Carlos y Eva arrancaron hacia la finca y minutos después llegó Carmela para enterarse de las novedades y poner manos a obra de buscar la ropa sucia para meterla en la lavadora.

Cristina se acordó del colchón de Luis Carlos y decidió ir a comprarlo, con todo y cama, en compañía de Carmela.

A Josefina le dijeron que iban a reclamar un mueble que no había llegado, que no se demorarían ni media hora... Ella por su parte quiso recostarse un rato y no le pareció mal quedarse sola, eso sí, que cerraran bien la puerta, les repitió.

En veinte minutos Cristina había encontrado una base de cama doble con su buen colchón, había pagado todo y lo encargó para YA! a lo cual el dueño de la tienda, en persona, se comprometió. Las clientas regresaron casi corriendo, no fuera que volviera el jefe y encontrara sola a la supuesta enferma, que por suerte seguía roncando cuando ellas entraron.

El primero en llegar fue el colchón y su base, para alivio de las compradoras. El dueño y el ayudante subieron la compra,

pasaron la cama existente, armada, con sus colchonetas, al cuarto vecino y organizaron la nueva en el cuarto que ocupaba la pareja. Carmela les ofreció un refresco y ellos, después de tomarlo se fueron muy contentos.

Entonces Carmela subió a tender la cama nueva y a dejar presentable el otro cuarto. Después verían qué hacer con esa cama semidoble.

Así las cosas, sonó el timbre. Cris abrió y se encontró con el amable abogado, muy sonriente. Ella lo hizo seguir a la sala y él le dijo que Luis Carlos lo había prevenido de que podría demorarse un poco pero que ella podía empezar por contarle las novedades.

Ella le refirió los sucesos de la tarde anterior, el ataque consiguiente de una especie de locura de su suegra, su buena reacción a algún medicamento que el médico personalmente le había entregado a Luis Carlos y el sueño reparador...

Pero lo evidente y decidido había sido que Doña Josefina no iba a volver a su casa. Propiedad muy linda pero muy aislada para una mujer no muy joven, sin carro permanentemente disponible, muy diferente a como era la situación en la morada de su padre y sin tener más compañía que su doncella querida y buena pero muy ignorante para hablar de temas de interés por ratos largos. Doña Josefina ni siquiera podía ofrecer ayudas de enseñar tejidos o de promover la práctica de la lectura a grupos de jóvenes, porque no tenía medios para convocar aprendices ni jóvenes que podrían beneficiarse...

En esas escucharon el ruido de Josefina que salía de su cuarto y Cristina, recordando que Eva no estaba en la casa, se paró para subir a ayudarla. Eliécer salió detrás y subió rápidamente para ofrecer su brazo a la señora. Cris entonces se retrasó un

poco con el objeto de recoger la taza vacía del té que Josefina había tomado antes de dormirse.

Carmela, por sugerencia de Cris, preparó café para el abogado y té para las señoras. Sirvió los acostumbrados panecillos como acompañamiento y con una venia se retiró.

Entonces Josefina tomó al señor abogado para hacerlo confidente de todos los problemas que tenía con su nueva casa, ésa que su padre le había comprado, pero que ella quería vender porque no se sentía capaz de vivir allá sin nada de vida social, porque ella y Eva permanecían solas... y el abogado vio que la señora tenía toda la razón.

Finalmente el carro de Luis Carlos entrando al garaje, anunció que el correspondiente mandado había sido realizado.

"Todo a su debido tiempo", pensó Cristina.

Instalación de la futura dueña

A la llegada de su hijo, cuando Luis Carlos se sentó al lado de ella en la sala, Josefina le dijo que ella quería contratar al doctor Pinto como su abogado para que le ayudara a vender su casa y a comprar "esta casa en donde mis hijos están viviendo", porque le parecía perfecta para ella y muy de acuerdo con sus propios gustos y necesidades.

— Perfecto, mami. Por mi parte tienes toda mi adhesión. Ahora, quiero que empecemos por planear Eliécer, Cristina y yo, cuándo y quiénes del grupo de búsqueda de Francisco nos reuniremos en los siguientes días. Si quieres, te puedes quedar, pero si esta parte no es de tu interés, bien puedes subir para que le indiques a Eva cómo debe organizar tus cosas.

Cristina que escuchaba, añadió de inmediato:

— Sí, Josefina, yo también voy para desocupar el armario de tu cuarto y que puedas acomodar todo lo que trae tu hijo.

Josefina se subió tranquila y contenta de ir a arreglar su cuarto y no puso ninguna objeción a nada.

Luis Carlos y Eliécer empezaron entonces a separar los temas:

El del grupo era el más fácil. Él, Eliécer se comprometió a hacer llegar desde su oficina, un recado a todos y a cada uno, a través de su secretaria, para que acudieran el jueves de la siguiente semana a la reunión ordinaria a partir de las dos de la tarde en el lugar de siempre.

Luego Luis Carlos entró en detalles sobre la lectura del testamento y del alboroto, medio envidia, medio odio, medio frustración, de la gonzalera, que provocó un verdadero ataque de nervios a su madre.

Ahí propuso que Eliécer representara a 'Josefina González e hijo' ante el propio Notario y ante los Bancos, añadiendo que ninguno de ellos dos tenía la más leve idea del monto que significaba esa herencia, y que él imaginaba que los podrían estar siguiendo, en el caso de que alguno de ellos anduviera por esos lados.

Eliécer solamente le pidió el nombre del Notario y le prometió volver con datos concretos el sábado en la tarde, cuando ya tuviera el texto original del testamento, para poder contestar también a la señora Josefina sobre su inquietud de vender la casa...

Quedaba el tema de su cuñado Pacho Montañez y del regreso de Cuba del mismo, regreso que parecía estar muy próximo, aunque solamente tenían acerca de esta posibilidad las

palabras por teléfono de la madre del dueño de la Hacienda Serranías, de Santa Marta. Así que lo de comprar la casa para la señora Josefina, no se podía adelantar a los hechos..., aunque ella podía vivir ahí todo el tiempo que quisiera.

El sábado tuvieron los datos del testamento. El dinero era una suma grande con la cual se podría comprar una casa de alto precio y calidad, dentro de un barrio de clase económica muy encumbrada.

Josefina González podía disponer de su propiedad a su gusto. Esa propiedad tenía un avalúo elevado como propiedad de 'recreo' o para algo así como un hotel campestre que funcionaría con un edificio grande, dejando la casa para los administradores, y añadiendo canchas deportivas y zonas para paseos con algunos caballos o ponies. Era el plan original, antes de que Joaquín González hubiera decidido comprarla para su hija.

Luis Carlos le dijo a Eliécer que en cuanto apareciera Pacho, quedaba él comisionado de proponerle la venta a la señora Josefina González y ofrecerle una suma extra por su mitad, puesto que la otra ya había estado palabreada directamente entre la señorita Cristina y la dicha compradora.

Apenas Pacho diga que sí, finiquitar ese negocio.

El otro asunto era una casa para ellos. No tenía que ser 'casa de millonarios', mejor 'casa de académicos' en un barrio tranquilo, de casas con jardines de tamaño regular, sin mucho ruido en las calles adyacentes, .. También podía ser que se comprara el terreno, lo más bonito y bien proporcionado posible, y luego, conseguir el arquitecto para diseñarla. Ahí los ingenieros ayudarían a sugerir la constructora adecuada..., etc.

Josefina estuvo feliz de poner en venta su casa y pagar con ese dinero la que tenía a la mano, que le gustaba tanto. Ese era su negocio y nada parecía importarle más.

Luis Carlos estuvo feliz con su colchón nuevo...

Y, finalmente, Pacho al teléfono

El domingo siguiente eran las diez de la noche cuando el teléfono sonó. Cristina no se había acostado por un examen que preparaba para el lunes y, maquinalmente, pensando en los compañeros con quienes estuvo durante el día, contestó:

— Hola, soy Cris, siguen en el problema veintiocho?

— ¡Cris, mi dulce Cris! dijo desde la distancia la voz adulta de su hermano Pacho.

— Ah!, mi Pacho del alma! por fin ... qué alegría oírte! ¿Cuándo llegaste?

— Como a las seis de la tarde aterrizó el avión pero hubo demoras y al fin, aquí estoy en mi casa, dentro de la hacienda Serranías. Doña Teresa me contó que habías llamado hace dos semanas más o menos.

— Sí. Ese día que tuve la certeza de que realmente estabas cerca, me sentí muy muy feliz. Ahora solo quisiera abrazarte, pero escucharte es ya un montón de felicidad.

— Bueno, mi Cris, te cuento que voy a ser padre dentro de poco. Tal vez un mes largo. Antes del viaje no teníamos ninguna idea de que esperábamos un hijo. Llevamos juntos más de un año, no hubo ningún síntoma y Fabiola no sentía los acostumbrados malestares. Se me presentó esa oportunidad

y el patrón me dijo que debía aprovecharla. Así que me fui para Cuba.

— ¿Y, cómo está tu compañera y qué dice el médico? —preguntó Cris con ansiedad.

— No te preocupes, todo está bien, pero es claro que no podré ir a verte antes del parto. No la puedo dejar sola ahora. Eso me duele un poco por ti, pero podré llamarte con frecuencia para mantenerte al día de los sucesos.

— ¿De qué teléfono me llamas? del de la hacienda? —preguntó Cris.

— No, anota mi número. A este puedes llamar por la nochecita, después de las horas de trabajo. ...

Cris anotó el teléfono. De momento no quiso hablar más. Pensó en la compañera Fabiola y en su deseo de conversar con su marido. Solo le dijo:

— Mañana lunes te llamo a esta hora. Luego de enviar besos mutuos, se despidieron.

Ella colgó. Luis Carlos no se había dado cuenta de la llamada y ella pensó en dejarlo para el día siguiente, pero luego cambió y corrió al cuarto para hablarle.

— Acuérdate de contarte temprano algo especial... le dijo al oído.

— mmm... ok... —respondió su dormilón, sin abrir lo ojos.

El lunes por la mañana, Cris se despertó como de costumbre y rápidamente comenzó por vestirse porque el tiempo era escaso antes del examen crítico de las nueve.

— Me querías contar algo, —dijo Luis Carlos abriendo a medias los ojos.

—Sí pero de momento todo tiene que ser a velocidad. Fue que llamó Pacho. Ya está en Santa Marta. Le prometí llamarlo esta noche a las diez —contestó Cris.

— Uf, entonces comenzamos a recorrer el programa trazado con Eliécer... Y, ¿Cómo lo sentiste? —preguntó.

— Como bien. Cariñoso. Que no puede venir por ahora porque va a tener un hijo en un mes.

— Guauu! Eso suena bien. Mejor vete a tu examen. que te vaya muy muy bien!. Cuando vuelvas comentaremos...

Negocio Montañez - González

En el examen le había ido bien. Cris volvió contenta y pensando fuertemente en el asunto de Pacho.

La llamada de la noche fue corta también. Cristina pudo contarle a su hermano, solamente que él tenía un dinero disponible, correspondiente a la herencia del papá: era dueño de la mitad de la casa. La madre de él no había sido Zoraida, que lo era solo de ella, de Cris. Por eso su cédula no estaba errada como él creía. Su madre se había llamado Lilia Alvarado y había muerto cuando él tenía dos años. Su padre viudo se había casado con Zoraida pero ninguno de ellos les hablaron nunca de eso hasta que, dos meses antes de morir, Zoraida le había contado a ella.

Francisco preguntó a quién podrían venderle la casa y ella contestó que a una señora Josefina González que estaba muy interesada y la pagaría de contado. Que si él no quería quedarse con la casa, como ella tampoco quería, entonces lo mejor era venderla y utilizar la platica. Que lo pensara y al día siguiente hablaban de nuevo.

Cuando colgaron, Cristina tuvo la corazonada de que esa noticia le había levantado mucho el ánimo a su hermano. Por el momento, nada más. Lo llamaría al día siguiente. Él hablaría con Fabiola.

Cuando Cristina llamó la siguiente noche, contestó Fabiola, en Santa Marta:

— Aló, soy yo Fabiola Gómez, la compañera de su hermano Francisco. Buenas noches, señorita Cristina!

— Buenas noches Fabiola. Por favor, hálbame de tú. Me alegra inmensamente saber que mi hermano no está solo. Esta ha sido una noticia muy linda después de tantos años de tristezas por no saber nada, e imaginar cosas terribles. Gracias doy a Dios por todo. Y gracias a ti por estar con él y por quererlo.

— Señorita, yo quiero que usted me explique lo del apellido de su madre y de la madre de Francisco. Él siempre pensó que su segundo apellido era Trujillo y que la cédula estaba equivocada.

— Pues fue que mi padre no nos dijo nunca nada de eso. Él murió hace nueve años. Mi madre me dijo que ella no era la mamá de Francisco, como seis años después de muerto mi padre, cuando ella estaba muy enferma y sabía que iba a morir. Eso hace tres años y medio. En ese momento yo no sabía nada. Ni siquiera en dónde había nacido mi hermano, entonces no tenía a quién preguntarle. Como tampoco sabía nada de su paradero, a pesar de lo mucho que mi padre lo buscó, ... pues solamente yo pedía a los ángeles que lo cuidaran.

—Pero ahora que conocí a unos compañeros de él del colegio Salesiano y supe por uno de ellos que era del mismo pueblo y que Francisco le había pedido que le consiguiera un registro

de nacimiento para sacar la cédula. entonces los otros compañeros me ayudaron a localizar a éste, el de Santa Rosa y él vino y me trajo la carta de Francisco en donde le pedía el favor y le daba la dirección de un apartado postal en Santa Marta, y con esos mismos amigos buscamos comunicación con el Correo de allá y nos confirmaron lo del apartado y nos dieron el teléfono de la Hacienda Serranía, y ahí pude hablar con la señora Teresa... Fueron muchos años soñando con el día de volverlo a ver y temblando por todos los peligros que tenían los jóvenes.

— Ah! señorita,.. mmm, Cristina, perdóname, pero yo no podía entender eso. Ahora voy a tener un sobrino tuyo. Francisco me dijo que yo contestara para que tú me contaras cómo había sido todo. Ahora entiendo lo de la herencia y claro, nos va muy bien. Soñamos con comprar una casita en el pueblo, tenemos algunos ahorros y un dinero extra puede mejorar el financiamiento de lo que quede por pagar.

— Sí, Fabiola. Sabiendo que ambos están de acuerdo, entonces voy a averiguar los pasos que debemos seguir. Eso puede hacerse pronto. Así que ánimo. Los llamaré para informarles — explicó Cristina y Fabiola dijo a continuación:

— Puedes llamar aquí a cualquier hora. Yo siempre estoy cerca porque con esta barriga, no es mucho lo que puedo hacer en el campo. Ahora te paso a Francisco.

— Pues ya la oíste... —dijo Francisco, y continuó:— En cuanto al dinero, ¿cómo será mejor para que me lo envíes?

— Pues tiene que ser un depósito en una cuenta bancaria. ¿Tienes una cuenta de ahorros en algún banco? Yo pregunto a un abogado amigo cómo puede salir más barato y te llamo para avisarte.

— Sí, tengo la cuenta en donde me depositan mi sueldo cada mes. Mejor te escribo a la vieja dirección de nuestra casa y te mando el número de la cuenta y todos los datos de mi cédula. Repíteme la dirección por si algo se me ha olvidado.

— Bueno, hermano, me alegra mucho que este dinero te llegue en momento oportuno. Creo que mañana mismo te llamaré porque seguro tienes que mandar un poder para vender la parte que te corresponde de la casa, dentro de una venta global, porque la casa no se puede dividir, ni vender a dos personas diferentes, una mitad a cada una, —dijo Cris, pensando si se estaba repitiendo mucho. Pensó un poco más y volvió a hablar:

— Ojalá la casa que compres tenga un lote con espacio para algunas siembras, así puedes aplicar lo aprendido en Cuba.

— Sí, voy a mirar, preguntaré precios y te contaré. Gracias a Dios tengo tu cariño. Fabiola es una buena niña, ella va a cumplir diecinueve años.

— Pues yo tengo veinte. De modo que ahí estamos por las mismas edades. ... mañana te hablaré de amores por estos lados...

— Me dejas intrigado. Espero a mañana. Abrazos.

Cristina habló enseguida con Luis Carlos y ambos llamaron a Eliécer.

Él dijo que al día siguiente tendría el poder escrito para que Francisco lo firmara y autenticara y se lo devolviera a él. Enseguida harían en Bogotá la escritura a nombre de Josefina González, y una vez lista, se remitiría la mitad exacta del dinero a Francisco. Para reclamarla, él debía presentarse en su banco con copia del testamento y de la escritura, para cumplir

los trámites legales correspondientes, que debían hacerse en un corto plazo. El banco le indicaría cómo hacerlos. Después podría disponer de su dinero.

Todos los pasos se cumplieron en un total de tres semanas. Francisco y Fabiola pagaron la mitad del precio de la casa, quedando una hipoteca muy llevadera por la otra mitad y con el resto del dinero, compraron dos hectáreas de terreno cercano, para dedicarlo a las siembras. Estaban muy contentos y a las puertas del aterrizaje de su bebé.

Y llegó un niño a quien llamaron Diego Francisco. Los tíos, porque como tales se presentaron Cris y Figueroa, les hicieron llegar regalitos y la promesa de una corta visita en el próximo enero.

Epílogo

Josefina muy feliz en su casa, se dedicó a pensar en cómo mejorar algunos ambientes. Luis Carlos y Cris decidieron emprender el camino de conseguir una casa que quedara al alcance de carreras cortas de taxi desde la casa de la madre. Eliécer Pinto hizo una oferta por la casa que el padre había heredado a su hija Josefina, oferta que le fue aceptada. El abogado con su familia decidió convertir el gran jardín en un lugar de reuniones serias y de tertulias para todos los nuevos amigos y los miembros del grupo de los ocho ex salesianos y sus familias, incluido Gúmer, quien viajaba regularmente a las reuniones desde Santa Rosa. A veces llevaba a su hijo, Jaime de cuatro años, quien, a esa edad, era un retrato fiel de su padre, quien había sido en la escuela un estudiante de dudoso buen comportamiento y peor ortografía.

Francisco progresó en la costa pero no perdió el nexo que su hermanita había recuperado por él y siguió compartiendo con el grupo de amigos de la adolescencia. Todos llegaron a viejos, visitándose y haciendo crecer las amistades en edad y en número y, buscando siempre cómo ayudarse unos a otros en campañas quijotescas pero posibles, de buena voluntad y altos objetivos.

Fin de

" Todos buscando a Pacho "

Margarita María Niño Torres

Septiembre 2024